

3 E. BOUCHARDY
LA ABADIA
DE
CASTRO
Drama en siete actos
Castillo
22



LA ABADÍA DE CASTRO

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELON

E. BOUÇHARDY

LA ABADIA DE CASTRO

DRAMA EN SIETE ACTOS

arreglado del francés a nuestra escena

por

LUIS CASTILLO DE BURRIACH

Representado por primera vez en el teatro de la Marina, de Valencia la noche del 6 de Enero de 1912





REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA DE CAMPOREALE.	Srta. Vermejo.
ELENA.	» La Rosa.
LA ABADESA DE CASTRO.	» Ballestéros.
LA HERMANA TORNERA.	» Albert.
MARGARITA.	» Pastor.
EL CAPITÁN RAMBERTO.	Sr. Paredes.
JULIO BRACHIOFORTE.	» Almiñana.
EL CARDENAL MONTALTO	» Giner.
EL CONDE DE CAMPOREALE.	» Mora.
FABIO, SU HIJO.	» Aliaga.
EL PRIOR DE MONTE-CENIS.	» Casinos.
SCHOTTI.	» Martínez.
OFICIAL DE BRAVOS.	» Llópiz.
STEPHANO.	» Sugrañes.
BRAVO I.	» León.
BRAVO II.	» Sánchiz.

Parientes de Camporeale, Bravos, Monjas, Esbirros y aldeanos.



ACTO PRIMERO

abitación de Julio, levantada entre los arcos de un acueducto ruinoso. Al foro la aldea de Albano. Rocas escarpadas a la derecha que terminan cerca la cabaña, y en el segundo arco, un precipicio. Uno de los arcos sirve de ventana y otro de puerta. Cuadros y armas esparcidos por la escena. La ventana está cubierta de yedra y parra silvestre. Entre los dos arcos una tizona colgada.

ESCENA PRIMERA

RAMBERTO en la puerta, luego MARGARITA.

AMBERTO ¡Eh!... ¡Ah de casa! ¿nadie? ¡pues adelante!... ¿no hay quién pueda darme razón?...

IARGARI. ¡Voy...

AMBERTO Mal encuentro; una vieja.

IARGARI. ¿Qué se os ofrece?

AMBERTO Decid primero, ¿quién sois?

IARGARI. La que cuida de la casa.

AMBERTO Poco será vuestro trabajo. ¿Se llama Julio vuestro amo?

IARGARI. Precisamente.

AMBERTO Vamos, bien me han dirigido. Voy a tener la dicha de verle después de doce años de ausencia.

IARGARI. Pues aguardadle. No creo que tarde, salió al rayar el día, como siempre.

AMBERTO Con vuestro permiso. (Como hablando consigo.) Descansa en paz, mi bravo capitán,

que por fin permite el diablo que pueda ocuparme de tu hijo; no voy ya a separarme de su lado, y cumpliré tu encargo. (A Margarita.) Decid, buena mujer, ¿a pocos pasos de aquí había antes una cruz de madera como las que se encuentran en los caminos señalando los sitios en que se ha cometido un crimen.

MARGARI. Es verdad; cerca de Monte-Cavi, y a unos cien pasos de la posada del viejo Schotti.

RAMBERTO Eso es.

MARGARI. Ya no existe.

RAMBERTO Ni esa memoria te han respetado, pobre amigo.

MARGARI. Hay una capilla en su lugar.

RAMBERTO ¡Una capilla!

MARGARI. Sí, y todos los años se dice en ella una misa el día del aniversario de aquel triste acontecimiento.

RAMBERTO La oiré.

MARGARI. Llega un sacerdote, a quien nadie conoce, con la capucha calada, entra en la capilla, dice la misa, y se vuelve sin decir palabra a nadie. Como si fuera un aparecido todos los años. Creo que se llama el Padre Ambrosio. Hay quien asegura que obra milagros.

RAMBERTO Es extraño todo eso... Creo que llega vuestro amo; dejadme con él. (Vase Margarita y aparece por la derecha un fraile viejo, que baja cojeando.)

ESCENA II

RAMBERTO y MONTALTO.

RAMBERTO Me engañé, no es él. Es un pobre viejecillo que apenas puede andar. ¡Eh, buen hombre, llegaos hasta aquí, que no podéis ya con vuestra alma! Hay un trecho aún hasta Albano.

MONTALTO Es verdad, soy ya demasiado viejo para tales caminatas.

RAMBERTO Os daré mi brazo si queréis.

MONTALTO Gracias, pero os molestaría demasiado, ya veis; he de detenerme a cada paso.

RAMBERTO Descansad un momento por lo menos; aunque esta no es mi casa, su dueño os la ofrecería como yo. Mal hubiera llegado hasta aquí con tales piernas. (Señala la muleta.)

MONTALTO ¿Venís de lejos?

RAMBERTO De los Países Bajos.

MONTALTO ¿A quién servíais?

RAMBERTO A unos y a otros; allí donde había palos que dar y recibir. Hará unos doce años me alisté en España a las órdenes de Don Juan de Austria, y bien escarmentamos en Lepanto a los de la media luna, aunque reconozco que el mar no es mi elemento. Luego, pusimos a raya a los revoltosos de los Países Bajos, mal avenidos con nuestra santa madre la Iglesia, y allí fué donde Don Juan entregó su alma a Dios, postrado en su cama como el cura de una parroquia. Era otra la muerte que merecía. Y yo me dije, capitán Ramberto, deja a otro tu sitio y vuelve a Italia, tu país; pero a deciros verdad, del modo que andan los tiempos, nunca faltan, donde fuere, ocasiones en las cuales dar que hacer a la tizona, y hoy aquí, mañana allá, me he pasado cuatro años peleando y regresando. Pero ya estoy aquí, ya llegué al fin con el decidido propósito de abrazar a mi ahijado y cuidarme de completar sus disposiciones, que si en algo se parecen a las de su padre, mucho dará qué hacer. Este soy yo y tal es mi historia.

MONTALTO Me agrada vuestra franqueza. Yo vengo del convento de Capuchinos y me dirijo a Albano.

RAMBERTO ¿Y qué más?

MONTALTO Nada más.

RAMBERTO Pues no es mucho, caso que sea cierto.

MONTALTO ¿Y vos no entraréis al servicio de los soldados de Roma?

RAMBERTO No, y perdonad que os diga, si pertenecéis a la Iglesia, que tales soldados tienen malísima reputación y...

MONTALTO Podéis hablar.

RAMBERTO El pontífice Gregorio no necesita oficiales, porque tampoco tiene energía para servirse de ellos.

MONTALTO Suelta lengua tenéis.

RAMBERTO Y no es menos la soltura de mis manos. Y en tres días solo que he regresado he podido convencerme que el que no tiene bien puesto el corazón y puños de hierro es juguete de esos nobles bandidos; perdonad, digamos señores, a cuya cabeza va la familia Orsini.

MONTALTO ¡Callad, desgraciado! ¿No sabéis que es omnímodo su poder?

RAMBERTO ¿Qué me importa?

MONTALTO Lo que debierais hacer sería ofrecerles vuestros servicios.

RAMBERTO Eso jamás; antes cortaré mi diestra. Oidme: tuve un amigo, no, me engañé, un hermano, como yo soldado, pero con mejor cabeza que la mía, a deciros verdad, un bravo y un caballero, pues bueno, los Orsini le asesinaron alevosamente. ¡Descanse en paz mi buen amigo Brachioforte!

MONTALTO ¡Alberto Brachioforte!

RAMBERTO ¿Le conocíais acaso?

MONTALTO De nombre. (Con transacción.) Me gusta vuestro carácter, capitán, y os acepto el ofrecimiento que ha poco me hicisteis de acompañarme.

RAMBERTO Vamos, pues. Tal vez en el camino hallaremos a mi ahijado. ¡Eh! ¡buena mu-

jer! ¡Vuelvo dentro poco! Si llegara Julio que aguarde. Vamos. (A Montalto.)

ONTALTO Durante el camino moderad algo la voz. (Vanse.)

ESCENA III

MARGARITA.

¡Ya se fué!... ¿Y sin decirme siquiera su nombre? ¿Y quiénes serán esos señores que por este otro lado aquí se dirigen? Vaya un día de visitas, y eso que nos pasamos semanas sin ver alma viviente.

ESCENA IV

Dicha, el CONDE DE CAMPOREALE y FABIO.

ONDE Buena mujer, ¿nos concederéis permiso para descansar unos instantes?

IARGARI. Estáis en vuestra casa y mandad.

ABIO Me parece que no será mucho, a juzgar por lo visto. ¿Tenéis agua fresca?

IARGARI. Ya lo creo; cerca de aquí tenemos un riquísimo manantial. Voy por ella.

ONDE ¿Y tú crees que esta es su vivienda? Y ese hombre se ha atrevido a levantar los ojos hasta mi hija. Oidme, buena mujer, ¿quién habita aqui?

IARGARI Un bravo mozo, mi amo Julio.

ONDE ¿Sin otro apellido?

IARGARI. Por lo menos, que yo sepa... Es un pobre huérfano a quien ha criado el pintor Antonio Danusi. Creedme que hará fortuna, y que tendrá gran partido entre las mujeres.

ONDE No pregunto eso.

IARGARI. Es valiente y compasivo con los que sufren, pero siempre está triste y pensativo.

FABIO — Nada de lo que decís nos importa; lo que os preguntamos es ¿qué posición es la suya en el mundo?

MARGARI. — No comprendo.

FABIO — ¿Qué ocupaciones son las suyas?

MARGARI. — Pues veréis, caza, pinta imágenes, Vírgenes sobre todo; hizo también mi retrato.

CONDE — (No comprendo el atrevimiento y la audacia de este miserable. ¿Qué títulos son los suyos para rondar todas las noches alrededor de los balcones de mi hija?)

MARGARI. — Vedle, ya llega.

ESCENA V

Dichos y JULIO, que deja su escopeta.

JULIO — ¡Ellos! ¡Los Camporeale! ¡No creí tan cerca mi dicha! ¡Señores!... (El Conde y Fabio se levantan, el primero pasa con desprecio ante él, y el segundo se detiene a la puerta.)

FABIO — (Burlándose.) Ah, señor cazador... de quien como vos tiene fortuna, nombre ni familia, no debemos aceptar de balde lo único que su casa puede ofrecernos. Y para cuando se le ocurra rondar los balcones del palacio de Camporeale cómprese, con esto, ropilla mejor. (Arroja un bolsillo y vanse. Julio queda inmóvil, y Margarita vase, llevándose la vasija que había traído.)

JULIO — ¡Qué ilusoria esperanza concebí al verlos en mi vivienda! ¡Yo que iba a ofrecerles mi vida y mi sangre!... Y ha sido tu hermano, Elena, quien así me ultrajó. Mucho debo amarte cuando lo sufro impasible. «Ni familia ni nombre...» Es cierto, nada, ni eso poseo. Ni la esperanza que alimenté hasta este instante en que un insulto me volvió a la realidad de la vida. Acabemos con mi oprobio, (Aparece

Ramberto y se detiene a escucharle.) con mi desesperación. Adiós para siempre, Elena. Halle en el fondo de este precipicio la obscura muerte que la obscuridad de mi origen merece. (Va al precipicio y Ramberto le cierra el paso.)

ESCENA VI

Dicho y RAMBERTO.

RAMBERTO Eh, vamos despacio; creo que debéis antes despediros de los amigos.

JULIO ¡Vos!

RAMBERTO Sí, el capitán Ramberto.

JULIO ¡Oh, Ramberto! ¡padre mío! (Se abrazan.)

RAMBERTO Confiesa que llegué a tiempo, de lo cual me felicito. ¿Qué tontería es la que ibas a cometer? ¿No tenías noticias de mi llegada? ¿Nada te había dicho esa vieja?

JULIO Nada sabía; pero no importa. ¡Si supierais cuán desgraciado soy!

RAMBERTO Sí, lo que te rodea no indica que estés muy sobrado. Pero tú tienes la culpa. ¿Quién te manda embadurnarte las manos con colores? Quema tus cuadros y marmotretos y coge el único oficio que da en el mundo gloria y dinero: las armas. Vente conmigo. Yo te aseguro que vamos a darnos la mejor de las vidas y que tendremos el oro a manos llenas.

JULIO No es oro lo que ambiciono.

RAMBERTO ¿Pues qué?

JULIO Estoy ciegamente enamorado de una mujer que amo con delirio.

RAMBERTO Amala.

JULIO Ella, mi Elena.

RAMBERTO Tampoco me parece mal el nombre.

JULIO Y me corresponde.

RAMBERTO Tanto mejor. ¿Qué quieres, pues?

JULIO Su familia es poderosa.

RAMBERTO ¿Qué más puedes desear
JULIO Intenta separarnos.
RAMBERTO Os unís y en paz.
JULIO Me insultaron.
RAMBERTO ¡Oh! mátales.
JULIO Llamándome mendigo.
RAMBERTO ¡Mentira! Don Juan de Austria me recompensó espléndidamente. Mi dinero es el tuyo.
JULIO Dicen que no tengo familia ni apellido.
RAMBERTO ¿Eso dijeron? Pues ahora van a saberlo. Oye, ponte tu traje mejor.
JULIO Es que no tengo otro.
RAMBERTO No es malo; mejor podría ser la tela, pero el forro. (Dándole en el corazón.) es excelente. Tu espada.
JULIO Esta. (La descuelga.)
RAMBERTO Buena hoja. Cíñela. Tu sombrero ahora. (Colocándoselo.) Así, algo más caído. Magnífico; estás hecho un guapo mozo. Vente conmigo.
JULIO ¿Dónde?
RAMBERTO Te lo diré en cuanto sepa el nombre de la familia de tu adorada.
JULIO Es Elena de Camporeale.
RAMBERTO Allí iremos, al palacio de los Camporeale, a decirles cuál es el tuyo.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

...ujoso salón en la quinta de Camporeale. Puerta al foro e izquierda. Ventana a la derecha. Muebles propios y de la época.

ESCENA PRIMERA

ELENA y la CONDESA.

...ONDESA Doy gracias al cielo porque hace algunos días logré la dicha de que estuvieras junto a mí, pero noto en tus caricias cierta tibieza que me apesadumbra.

...LENA Perdonad, madre mía, no es tibieza, es quizás la falta de costumbre de vivir a tu lado.

...ONDESA Pobre hija mía; casi una niña fuiste ya arrancada del lado de tu madre para entrar de colegiala en el convento del Ave-María, y poco tiempo hemos permanecido juntas las dos desde entonces. Me apenaba el ánimo considerar que de allí saldrías sólo para tomar el velo de la Abadía de Castro. No sé por qué me estremezco al recordar la tristeza impregnada en aquellos solitarios y ennegrecidos muros. Tal era la voluntad de tu padre, que, al separarte de mí, atendió sólo al esplendor debido a la posición que algún día debe ocupar tu hermano primogénito, y de tal modo conseguía no disgregar el patrimonio, pues así, vistiendo tu el hábito, se libraba de entregarte lo que pu-

diera corresponderte. Pero recobrada para mi cariño maternal, cerca ya de mí, he notado con profundo pesar en ti cierta tristeza, algún oculto pesar que te atormenta.

ELENA — Madre mía, ¿cómo puedo yo engañar a la que tanto me quiere y lee en mi corazón de tal modo? Voy a revelároslo todo y sed indulgente conmigo.

CONDESA — Habla, hija mía; ven, siéntate cerca de mí.

ELENA — Deslizábase tranquilamente mi vida en el convento, cuando un rayo destrozó parte de las pinturas de la cúpula, frente al coro precisamente. Levantaron unos andamios y los cubrieron de tela, a fin de que pudieran verificarse los trabajos de restauración sin que el artista que los llevara a cabo pudiera ver ni ser visto. Quiso Dios que un día levantara la mirada hacia nuestra santa patrona, y a través del lienzo entreabierto, se me apareció el rostro de un joven, que hacia mí dirigía su penetrante mirada. Bajé los ojos al apercibirme, procurando fijarlos en mi libro de oraciones, pero sin querer volví a levantarlos varias veces, fijándolos en el rostro inmóvil de aquel joven, que desde aquel momento me persiguió hasta en mis oraciones. En vano procuré apartarle de mi imaginación, su recuerdo doquiera me perseguía, y bien a pesar mío comprendí que no era otra cosa que cariño lo que por él sentía; sí, madre mía, le amo desde aquel instante que por el entreabierto lienzo percibí su mirada desde el coro.

CONDESA — ¿Pero no debes haberle visto de nuevo?

ELENA — No sé mentir, perdóname; le he vuelto a ver.

CONDESA — ¡Desgraciada! ¡Si tu padre sospechara!... tiemblo solo el pensarlo.

ELENA — Calla, madre mía, él llega.

ESCENA II

Dichas, CONDE DE CAMPOREALE y FABIO.

CONDE — Señora, me permitiré suplicaros que os retiréis, pues debo tratar con monseñor el cardenal Montalto cierto asunto que a nuestra familia interesa.

CONDESA — Vamos, hija mía. (Bajo a Elena.) Ya no estoy sola en el mundo; ya estás a mi lado y poseo tu confianza. (Vanse.)

ESCENA III

FABIO y el CONDE, a poco el CARDENAL MONTALTO, que parece achacoso. Vienen detrás de él tres INDIVIDUOS de la familia de Camporeale. Aparecen CRIADOS, que sacan candelabros.

FABIO — Padre mío, debemos tener a raya a ese miserable que se ha atrevido a poner los ojos en mi hermana. Yo le he visto rondar nuestra quinta. El honor de nuestra familia lo exige.

CONDE — Nada temas por él, acaricio un proyecto que nos pondrá a salvo de toda impertinencia. Por tal motivo congregué a nuestra familia, a fin de exponérselo. (Aparecen Montalto e individuos de la familia Camporeale. Los criados colocan los asientos convenientes.)

CONDE — Dios guarde a vuestra eminencia. ¿Cómo seguís?

MONTALTO — Aguardando mi hora fatal. Tengo ya un pie en la sepultura; pronto el señor me llamará a sí.

CONDE — El cariño que os tenemos nos hace pensar lo contrario. Yo os ruego que toméis asiento y nosotros también, señores, pues debo daros cuenta de una petición recibida del duque Pranciano, Pablo Orsini.

MONTALTO — (¡Orsini!) (Entre dientes.)

CONDE — Se me pide la mano de mi hija Elena para su hijo Octavio. ¿Os extraña, monseñor?

MONTALTO — Os felicito por lo que a vuestra familia se refiere. No hay duda que es una ventajosa alianza.

CONDE — Que creí deber consultar a los míos.

MONTALTO — Sin duda con ello los Orsini pretenden afianzar su poder con esta boda, que une a la suya vuestra familia.

CONDE — La salud de nuestro amadísimo Santo Padre Gregorio XIII declina de día en día, y tal vez no está lejana la fecha en que debamos nombrarle sucesor. Si creyera que nuestro poder fuera suficiente, rechazaría toda alianza y nos bastaríamos por nosotros solos para sentar en el solio a quien posee nuestra confianza, que sois vos.

MONTALTO — (Levantándose y con aire hipócrita.) ¡Oh, Dios de bondad! ¿cómo se os ocurre tal cosa? ¿Elegirme a mí? ¡Un obscuro monje gobernando a la cristiandad!...

CONDE — Vos tendréis nuestros votos.

MONTALTO — ¿Dónde están mis alientos? Sólo aceptaría, en el caso que me ofrecierais vuestras luces, en realidad, serían los vuestros los que me guiarían en el espinoso cargo.

CONDE — ¿Ya lo oís? nuestra familia tendría la misión del pontificado. (Aparece un criado.) ¿Qué ocurre? ¿Quién nos interrumpe?

CRIADO — Dos desconocidos pretenden ser recibidos con urgencia.

CONDE — De los Orsini sin duda.

FABIO — Hay que darle audiencia.

CONDE — Que pasen. (Vase criado.)

MONTALTO — (Este casamiento echa por tierra cuanto concebí. ¡Si pudiera estorbarle!)

ESCENA IV

Dichos, RAMBERTO y JULIO.

FABIO (A su padre.) Vedle; es el mismo de esta mañana.

MONTALTO (¡ El soldado de Lepanto ! ¿a qué obedecerá su llegada?)

CONDE Hablad, ¿qué deseáis?

RAMBERTO He de hablaros, señor Conde.

CONDE Sed breve. Presido en tal momento un consejo de familia.

RAMBERTO A vuestra familia se refiere cuanto aquí me trae.

FABIO (¡ Qué osadía ! ¿Quién será este hombre?)

RAMBERTO No gusto de preámbulos. Oidme : Me llamo Ramberto Ranuccio, capitán de Don Juan de Austria ; regresé hoy de los Países-Bajos, y este joven es mi ahijado Julio. Por él vengo ; tengo el honor de pediros la mano de vuestra hija Elena para mi ahijado...

CONDE ¿Estáis loco?

FABIO ¡ Insolente !

RAMBERTO Despacio, amigos míos, y medid mejor vuestras palabras. Venimos a parlamentar y nos insultáis ; pues bien, sabedlo : esta mano ha sido estrechada distintas veces por el mismo hermano del rey de España, el invencible Don Juan de Austria, y en cuanto a este joven, sabed, lo que él mismo aún ignora, que es hijo de un héroe tan valiente como generoso y noble, azote de los malvados, adorado de cuantos lo rodeaban y espanto de los Orsini y sus secuaces.

CONDE ¿Os referís a Alberto Brachioforte?

RAMBERTO Veo que no le olvidasteis.

MONTALTO (¿Qué dice este hombre?)

RAMBERTO Pues bien ; Conde de Camporeale, tengo el honor de pediros la mano de vuestra

hija para el hijo de Alberto Brachioforte.

JULIO ¡ Dios mío ! ¡ Yo el hijo de Brachioforte !

FABIO ¡ De un miserable !

JULIO Tened vuestra lengua y no ultrajéis en mi presencia el nombre de mi padre.

RAMBERTO ¡ Bien dicho !

JULIO No hace media hora, obscuro y desvalido, escuché vuestras insultantes palabras, pero os prevengo que ciño espada y me sobran alientos para no tolerar nuevas ofensas.

RAMBERTO ¡ Mejor dicho aún !

JULIO Sabed que al penetrar hasta aquí nada sabía de cuanto acaban de revelarme en vuestra presencia.

RAMBERTO Ni una palabra, os lo fío.

JULIO Pero ya que no es para mí un misterio desde ahora el nombre de mi padre, que será desde hoy el mío, ratifico la petición hecha por mi amigo, y soy yo quien os pide la mano de vuestra hija, Conde de Camporeale.

FABIO Siento nos hayáis interrumpido con tan ridícula petición.

JULIO Una palabra y me retiro, si así lo deseais. Sabed que amo a vuestra hermana y que ella me corresponde.

FABIO ¡ Falso ! ¡ Mentís, bellaco !

JULIO Preciso es que sea muy grande mi amor hacia ella para que no os haya tendido a mis pies. Señor conde, aguardo vuestra decisión.

CONDE Antes de concederos la mano de mi hija, con la mía la abriría el sepulcro.

JULIO Está bien, sabedlo pues ; os declaro guerra implacable, a vos, Fabio, que pretendéis apoderaros de lo que a vuestra hermana pertenece ; a vos, señor conde, que consentís tal despojo, y os juro, y sed todos los presentes de ello testigos, que lograré arrancar de vuestras manos la ino-

cente víctima de vuestra ambición desmesurada. (Vase.)

RAMBERTO Y el soldado de Don Juan de Austria le apoyará en cuanto intente. (Le sigue.)

MONTALTO (¡ El hijo de Alberto ! Dios aquí le conduce. ¡ No lograrán los Orsini sus intentos !)

ESCENA V

Dichos, menos JULIO y RAMBERTO.

CONDE Ya no dudo. Acepto las proposiciones de los Orsini. Señor cardenal, llegaos a las habitaciones de la condesa y participadle mi resolución. Ya lo habéis oído, señores, la alianza con los Orsini es cosa ya decidida. (Retíranse los parientes y Montalto desaparece por la izquierda.)

FABIO (A su padre.) Este insensato rondará sin duda nuestra quinta, pero yo os juro que será la postrera.

CONDE Finjamos un viaje inesperado para preparar mejor la emboscada.

FABIO Decís bien, padre mío. ¡ Stephano ! (Llamando.)

STEPHANO Señor. (Apareciendo.)

FABIO Pronto, nuestros caballos.

CONDE Decid a la condesa que debemos partir inmediatamente.

FABIO Oye, (A Stephano.) toma un arcabuz, colócate tras los arbustos del lago, y si alguien intentara penetrar hazle fuego sin miramiento alguno.

STEPHANO Descuidad, seréis obedecido en todo.

CONDE Toma nuestras armas, (A Fabio.) y partamos.

FABIO Esta noche sucumbirá el insolente. Vamos. (Vanse. Los criados se llevan las luces y queda la escena a obscuras.)

ESCENA VI

ELENA aparece por la izquierda con precaución y con una lámpara que deja en la mesa.

No sé por qué me late con tal violencia el corazón. Se marcharon ya. Ohí las pisadas de los caballos; el cardenal está con mi madre. Aprovechemos el instante, puede Julio acercarse sin temor alguno. (Hace seña con la lámpara.) ¿Habrá visto la seña?... ¿estaría ya aguardando bajo mi balcón como de costumbre? ¡Cuánto le amo, Dios mío! (Aparece Julio por la ventana.)

ESCENA VII

ELENA y JULIO.

ELENA — ¡Tú, Julio mío!

JULIO — Sí, yo mismo, que con mano segura supe echar la escala a tu balcón.

ELENA — ¡Temo por ti! ¡Si llegaran a descubrirte!

JULIO — Tranquilízate; nadie me ha visto. Oyeme, los instantes son preciosos, ya no es obscuro amante sin nombre el que se acerca a ti. No ha mucho, y en este mismo aposento, ante el cardenal y los individuos de tu familia reunidos, ha sido pedida tu mano para el hijo de Brachioforte, que soy yo.

ELENA — ¡Ah! ¿Tú?

JULIO — Sí. Y han tenido la osadía de insultar la memoria de mi padre en mi presencia.

ELENA — ¡Dios mío! perdónales. ¡Qué te importan a ti sus palabras, si sabes que te quiero con toda mi alma!

JULIO — ¡Si algún día te arrepintieras!

ELENA — ¡Oh, no, jamás! Tuya y siempre tuya.

JULIO — ¡Gracias, Dios mío! Poco me importan,

pues, en tal momento las amenazas y los insultos; humillaos los orgullosos, enmudeced los soberbios, nada sois para mí desde el instante que mi Elena me prefiere. ¡No temo vuestro enojo ni vuestras traiciones! (Oyese el toque de la oración.)

LENA — Calla, es el toque de oraciones. Pongamos por un instante tregua a nuestros amorosos juramentos, ofrezcamos este pequeño sacrificio a la Virgen. Deja que de rodillas implore su protección.

JLIO — Elena mía, estoy seguro que llegarán hasta su trono las preces de tu alma. (Pausa. Rezan.) Júrame ahora en tan solemne instante que jamás lograrán extinguir mi imagen de tu corazón, que me amarás eternamente.

LENA — ¡Oh, sí, te lo juro por la salvación de mi alma!

JLIO — ¡Recibe de mí igual juramento! (Elena escucha atemorizada.)

LENA — ¿Has oído? Parecióme como si algún cuerpo cayera en las aguas del lago.

JLIO — (Va a la ventana.) Tranquilízate, la noche está tranquila y la superficie plateada del lago está en calma. (Aparece Ramberto a la ventana.)

ESCENA VIII

Dichos y RAMBERTO.

LENA — ¡Ah! ¿quién es este hombre?

JLIO — ¿Vos? Nada temas, es mi amigo, mi segundo padre.

AMBERTO — No perdamos momento, es preciso huir. Ohí voces cerca el balcón. Temo que nos preparen una emboscada. Acabo de echar al agua un infame que nos espiaba.

LENA — ¡Dios mío! ¡Salvaos! ¡Pronto!

AMBERTO — Como no sea buen nadador, estará a

tales horas cenando con San Pedro. ¡ Pronto !

ELENA — Ve, Julio.

JULIO — Adiós, Elena mía. No olvides nuestro juramento. (Desaparecen Ramberto y Julio por la ventana.)

ELENA — Tuya o de nadie. ¡ Protégeles, Dios mío ! (Oyese una descarga de arcabuz.) ¡ Ah ! ¡ Le habrán muerto tal vez !

ESCENA IX

ELENA y la CONDESA, ésta sale precipitadamente, se dirige a su hija, luego a la ventana.

CONDESA — ¡ Hija mía !... ¡ La bala dió en la ventana ! Dime, ¿qué ha sucedido? ¿Qué veo? (Viéndola.) ¡ Una escala de cuerdas !

ELENA — ¡ Madre de mi alma !

CONDESA — ¡ Oh ! ¡ ven, ven enseguida, desgraciada ! Hay de ti si llagara a descubrirlo tu padre. (Arroja la escala.)

FABIO — ¡ Elena ! ¡ Elena !... (Dentro.)

CONDESA — ¡ Tú hermano ! Ven, ven conmigo. (Vanse.)

ESCENA X

FABIO, luego el CONDE y después ELENA y CONDESA.

FABIO — (Corre a la ventana.) ¿Ha desaparecido? ¡ No está la escala ! ¡ El diablo le protege ! (Al ver al conde.) ¿Descubriste?

CONDE — Nada, ni rastro, ni una gota de sangre.

FABIO — ¿Y Stephano?

CONDE — No se le ha visto. Pero la miserable que así mancha mi apellido, ¿dónde, dónde hallarla?

FABIO — Sabe Dios si huyó con su amante.

CONDE — ¡ Ah ! (Al ver a la condesa y Elena.)

ONDESA ¿Qué sucede? ¿A qué viene vuestra agitación? Ved a vuestra hija qué pálida.

ONDE Nos burló, pero no importa. Elena de Camporeale, debo participaros que dentro ocho días seréis la esposa de Octavio Orsini. (Elena se arroja en brazos de su madre.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El patio de una posada en Italia. Empalizada al exterior. En el fondo camino tallado en la garganta de unas rocas. Cuerpo de edificio a la izquierda, con puerta practicable y otra secreta. Una imagen de la Madona en una hornacilla.

ESCENA PRIMERA

MONTALTO y SCHOTI.

MONTALTO ¿Sabéis si acudirá este joven?

SCHOTI Sin duda alguna, y acompañado, por si se intenta una segunda emboscada. Y decidme, ¿recordáis que es hoy el veinticinco de Julio, aniversario de la muerte del bravo Brachioforte?

MONTALTO No lo olvidé.

SCHOTI ¿Creeis que acudirá el misterioso sacerdote a celebrar, como los demás años, la misa en sufragio de su alma?

MONTALTO ¿Quién lo duda?

SCHOTI Los Orsini han jurado averiguar quién es.

MONTALTO A pesar de los Orsini, repito que acudirá.

SCHOTI Mirad, aquí se acerca el joven a quien aguardáis.

MONTALTO Dejadme, pues, con él. (Vase Schoti.)

ESCENA II

MONTALTO, JULIO y RAMBERTO, los segundos recelosos y sin entrar, al apercibirse de Montalto.

MONTALTO ¿Qué os detiene? Podéis llegar hasta mí. Estoy completamente solo. Nada temáis.

RAMBERTO Os advierto que no me satisfacen vuestras marrullerías, (Montalto tose.) ni esa tosesita. Y mucho menos me simpatizáis desde que os vi ayer en casa los Camporeale. Ya visteis cuán mal nos trató aquella gente.

MONTALTO Presencié, y soy testigo del ultraje inferido a este joven que os acompaña. Y por cierto que bien altivo se mostró.

RAMBERTO ¿Y qué nos queréis ahora?

MONTALTO No os precipitéis, paciencia; es esa una virtud con la cual se vence a veces.

RAMBERTO Pues, la verdad, no poseo mucha.

MONTALTO Oidme; el conde desea tener hoy una entrevista, y a este objeto me encargó procurara veros.

RAMBERTO ¿Entrevista? Decid mejor una nueva celada, por cuya razón nos negamos a ella.

MONTALTO Es natural vuestra desconfianza, pero un inesperado acontecimiento ha variado la situación de aquella familia.

JULIO ¿Un acontecimiento? Hablad.

MONTALTO Por eso escogió esta posada, que está situada en terreno neutral, y aleja toda idea de peligro en ambas partes. Además, veo que venís prevenidos. (Por las armas.)

RAMBERTO Por consejo mío.

MONTALTO ¿Decid, pues, si consentís?

JULIO Por mi parte, sí.

MONTALTO Poco tardará el conde.

JULIO Aquí le aguardo.

MONTALTO Permitid ahora que este anciano os haga una sencilla pregunta en interés vuestro.

RAMBERTO Valiente socarrón estáis hecho. En fin, hablad.

MONTALTO ¿Os habéis consultado vos mismo y estáis seguro de vuestro corazón en cuanto vais a emprender?

JULIO No os comprendo.

MONTALTO ¿Es tal vuestro amor hacia Elena de Camporeale, que por él arrostraréis los mayores peligros?

JULIO ¿Qué decís?...

RAMBERTO Voy a contestar por él. Nadie con mayor derecho que yo podía haberle hecho tal pregunta, y debo confesaros que estoy más cierto del amor de mi ahijado hacia Elena de Camporeale, y más convencido de él, que de la infalibilidad del... (Deteniéndose.) En fin; vamos, no acierto cómo decirlo, pues los de vuestra profesión no entendéis en tales cosas. Pero sabed que cuando una hermosa doncella nos tiende su blanca mano y nos dice soy vuestra, ¡por vida de las naves de Lepanto! no hay cosa que nos haga retroceder. Dile tú, Julio, si no son el Evangelio mis palabras.

JULIO Tal hubiera sido mi contestación.

MONTALTO Dejadme, pues, referir una historia acaecida hará unos veinticinco años, por si de ella podéis sacar alguna consecuencia.

RAMBERTO (¡Adiós! ¿A que nos larga un viejo romance? ¡En fin, resistiremos el chubasco!)

MONTALTO Oidme. Vivían en este país dos jóvenes que se querían con un amor parecido al que sentís vos. El mancebo no tenía otra herencia que su espada, y en cambio su amante era hija de una familia noble y poderosa. Hecha la petición de matrimonio fué rechazada por el padre de la joven, y su enamorado, después de mucho cavilar, creyó que lo único que po-

dría ponerle en posesión de lo que tanto amaba sería la celebración de un casamiento secreto. Dirigióse a todos los conventos de Italia, sin hallar un sacerdote que se atreviera a arrostrar el odio de la poderosa familia de la mujer adorada.

RAMBERTO ¡ Cobardes !

MONTALTO Y ya desesperado el mancebo iba a desistir de su propósito, cuando la casualidad le deparó un monje, que si mal no recuerdo, se llamaba el Padre Ambrosio, y los casó.

RAMBERTO ¡ Bien por el Padre Ambrosio ! ¡ Ese fraile es de los míos, qué manga debía ser la suya !

JULIO ¿Y qué sucedió luego?

MONTALTO La cólera de las dos familias llegó al paroxismo ; pero convencidos unos y otros de que el mal era irremediable, se apaciguaron al fin. Ya sé que esta historia, aunque no es la vuestra precisamente, tiene con ella algún parecido, lo cual no me negaréis.

JULIO ¿Acaso sabéis algo actualmente de este buen Padre?

MONTALTO No creo haya fallecido, pues a buen seguro habría tenido noticia de ello, ya que no vivía lejos de aquí. Pero noto que os hice perder el tiempo con una historia que nada os importa, así es que suplico me perdonéis. Los viejos somos excesivamente habladores.

RAMBERTO Sí, pero, aunque la historia no nos interese mucho, no la hemos echado en saco roto, os lo aseguro.

MONTALTO Que Dios quede con vosotros. Poco tardará ya en venir el conde ; me atrevo a aconsejaros que si tal lo dispone vuestra suerte, y es adversa, no mostréis decaimiento alguno y luchéis hasta conseguir vuestro objeto. (Si me habrán comprendido.)

RAMBERTO Tampoco estará roto el saco donde echaremos consejo tan acertado. Descuidad.
(Vase Montalto acompañado de Ramberto, que vuelve a la escena al lado de Julio, que ha quedado pensativo.)

ESCENA III

RAMBERTO y JULIO.

RAMBERTO ¿Pero cómo diablos soltó hoy la lengua, cuando ayer no logré sacarle palabra? ¿Pero quedaste mudo?
JULIO ¿Oíste cuanto dijo?
RAMBERTO ¿La historia esa?
JULIO Dime, ¿conoces al Padre Ambrosio?
RAMBERTO Yo que he de conocer. ¿Tengo acaso amistades entre los frailes?
JULIO ¿No oíste jamás nombrarle?
RAMBERTO Aguarda... sí; ahora recuerdo... pero ¿por qué?
JULIO Silencio. Lo sabrás luego. Aquí está Camporeale.

ESCENA IV

Dichos, FABIO y CRIADOS, uno de ellos trae un estuche de pistolas.

JULIO Permitidme que extrañe vuestra presencia, pues no era la vuestra sólo la que aguardaba.
FABIO Me adelanté a mi padre para hablaros antes.
RAMBERTO Se trata de tendernos un nuevo lazo.
FABIO Os engañáis; vengo a proponeros un duelo.
RAMBERTO Nada podíais proponer que más me agradara. Elegid padrino. Yo seré el de vuestro contrario.
JULIO Sólo debo contestaros que no puedo ba-

tirme con el hermano de la mujer a quien adoro.

RAMBERTO ¿Cómo no batirte?

JULIO Calla he dicho, soy yo el provocado.

FABIO Valiente excusa es la vuestra para no confesar la cobardía.

JULIO ¡ Ira de Dios !

FABIO Lo repito, es más ruin tu sangre y más baja que la tela de tu ropilla.

JULIO Está bien, basta ya de insultos, me batiré, ya que a ello me obligáis.

RAMBERTO ¡ Gracias a Luzbel ! ¡ empezaba a desconocerte !

JULIO Elegid armas.

FABIO Mis pistolas. (A un criado.)

RAMBERTO (Tomándolas.) Calma, permitidme : yo soy el padrino y debo antes examinarlas, al mismo tiempo que señalar las condiciones.

JULIO Que tire primero ; es el ofendido.

RAMBERTO Pero es que...

JULIO Tal es mi voluntad.

FABIO Como os parezca. (Se colocan.)

RAMBERTO (No sé por qué tengo el corazón metido en un puño. ¡ Si la suerte le fuese contraria !)

FABIO Que Dios se apiade de tu alma. (Dispara y Julio permanece inmóvil.)

RAMBERTO Buena puntería. (¡ Respiro !)

FABIO (¡ La ira hizo temblar mi pulso !)

RAMBERTO Nos toca a nosotros ahora.

FABIO Pronto, despachad ; hasta que uno de los dos deje de existir.

JULIO Señor Fabio de Camporeale, saludad a vuestro contrario. (Dispara y le quita el sombrero.)

RAMBERTO Ya se descubrió. Cortesía a tiros.

FABIO ¡ Oh rabia !

JULIO Y ahora, excusado creo deciros que lo mismo habría hecho blanco en vuestro corazón si a él hubiera apuntado.

FABIO ¡ Ah ! no quiero tu generosidad. No se

diga que me perdonaste la vida. He de beber tu sangre. Defiéndete, miserable. (Desenvaina la espada.)

JULIO — Asesinadme si tal es vuestro intento, pero yo no desnudo mi acero para cruzarlo con el vuestro.

FABIO — Defiéndete, repito.

RAMBERTO — Un momento: ¿os sería igual batiros conmigo? Juro que iba a complaceros gustosísimo. (Desenvaina la espada.)

ESCENA V

Dichos y el CONDE DE CAMPOREALE.

CONDE — ¡Un duelo!

JULIO — Os engañáis; no hice otra cosa que dar una lección de cortesía a vuestro heredero.

FABIO — ¡Dejadme castigar su insolencia!

CONDE — Soy yo quien debe vengar las ofensas hechas a mi honor; pero, afortunadamente, ya nada nuevo puede intentar. Sabedlo, atolondrado mancebo. En este preciso momento mi hija Elena se dirige al palacio de los Orsini, donde se celebrará su boda con el primogénito de aquella noble y poderosa familia.

JULIO — (¡Oh, Elena!)

CONDE — Desechad, pues, hasta la última esperanza y agradecédmelo os lo participe, pues ya veis cuán inútil sería todo cuanto intentarais.

JULIO — ¿Y quién me asegura que Elena se presta a ello?

CONDE — Hice en beneficio vuestro más de lo que debía, y para convenceros pasad vuestros ojos por estas letras de su propia mano, en las cuales os notifica lo que ponéis en duda. Ved si es suya esta carta. (Le da una carta.)

JULIO — (Lee.) «Julio: Dentro pocos días habré contraído el indisoluble lazo del matrimonio, por lo tanto os ruego que olvidéis vuestra locura y hasta el nombre de Elena de Camporeale.»

CONDE — Creo que con ello habrá dado fin vuestro amoroso empeño.

JULIO — ¡Tomad! ¡Pude por un momento creer en el amor y en la felicidad!... Ya se desvaneció hasta mi última esperanza. No volveré a cruzarme en vuestro camino.

CONDE — Este debe ser vuestro propósito. (A Fabio.) Nos libramos de él. Nosotros a la quinta de Orsini. Dios os guarde.

RAMBERTO — (No me fío. He de verlo por mis ojos.) Vase tras ellos.)

ESCENA VI

JULIO, a poco ELENA.

JULIO — ¿Qué le resta a mi corazón? Y por ti, mujer perjura, iba yo a arrostrar la muerte. Aquellos mismos caracteres con los cuales me juraba su amor, me ha participado su falsía y traición. Necio mil veces de mí, que fié en sus promesas y en su palabra. Mujer, al fin. (Elena, que aparece pálida y temblorosa, viene a caer a los pies de Julio.)

ELENA — ¡Julio! ¡Julio de mi vida!

JULIO — ¡Cielos! ¡Elena! ¡tú! ¡tú en tal sitio! ¡Oh, pronto, habla!

ELENA — Yo, sí, que no puedo olvidarme del juramento que al pie de la Virgen, y por la salvación de mi alma te hice al toque de la oración. Yo, a quien sólo por las amenazas y obligada por el terror pude escribir lo contrario de lo que siente mi corazón.

JULIO — ¡Ah, infames! ¡Canallas! ¡Comprendo

ahora toda su vileza! ¡Y yo te acusaba! ¡Yo! ¡Te adoro! ¿Pero quién pudo revelarte mi presencia en este sitio?

ELENA Un religioso que hallé a poca distancia.

JULIO Si fuese un espía tal vez. Pero qué me importa si sé que es mío tu corazón, que en vano intentarán disponer de él.

ELENA Oh, no, jamás; yo no puedo ser la esposa de un Orsini.

JULIO Y yo añado que no será, porque hoy lo serás mía.

ELENA ¿Yo tu esposa hoy? Deliras.

JULIO Es forzoso que antes de terminar el día un sacerdote una nuestra vida y nuestros destinos para siempre.

ESCENA VII

Dichos y RAMBERTO.

RAMBERTO ¿Qué veo? ¿Elena aquí?

JULIO Sí, la cual no se separará de mi lado; Elena que, ante Dios y los hombres, será hoy mi esposa.

RAMBERTO Así me gusta.

ELENA Julio...

JULIO ¿Acaso vacilas?

ELENA No, no vacilo, sea. ¿Pero quién bendecirá nuestra unión?

JULIO ¡Es verdad, Dios mío!

RAMBERTO He ahí una cosa en la cual no habíamos pensado. ¿Qué ministro del Señor se atreverá a arrostrar la ira de los Orsini? ¡Oh, Padre Ambrosio! ¿Dónde podríamos hallarte, a ti, que no te asustabas fácilmente? ¿Dónde hallarte? ¿Dónde?

ESCENA VIII

ichos y MONTALTO, que aparece tras una roca con hábito de fraile, cubierto el rostro y erguido el cuerpo.

IONTALTO ¡Aquí!
AMBERTO ¡Ah! ¿Pero es un sueño?
ULIO Quien quiera que seais, oidme: ¿os atrevéis a arrostrar el enojo de una poderosa familia casándonos secretamente con esta joven?
IONTALTO Sí.
ULIO ¿Dónde os hallaremos?
IONTALTO En la capilla expiatoria dentro una hora. Allí os aguardo.
ULIO Allí estaremos.
AMBERTO ¡Ah, excelente Padre Ambrosio!... No te olvidaré en mis oraciones, cuando las diga. A tenerlo a mi alcance le abrazo. Es el primero que habría dado a un fraile.
LENA Julio, yo necesito ver antes a mi madre. Quiero cuando menos que ella presencie nuestro enlace, que no te acuse de haberle arrebatado a su hija.
AMBERTO ¡Pronto! ¡El conde! ¡Vuestro padre!
LENA ¡Dios mío!
AMBERTO Sin duda me siguieron.
ULIO Nada temas, yo te defenderé.
AMBERTO Sería inútil. Entrad aquí. (A la derecha,) ¡Pronto, pronto! (Elena y Julio entran en la derecha.)

ESCENA IX

l CONDE al foro con un CRIADO. Ramberto ante la puerta que enetraron Elena y Julio. Aparece SCHOTI con dos hábitos de penitente.

RAMBERTO (¡Cómo salvarles!) (A Schoti.) ¿Dónde vais?

SCHOTI Había olvidado que es hoy el aniversario de la muerte de Brachioforte.

RAMBERTO Es verdad; ¿y qué lleváis aquí?

SCHOTI Los dos hábitos de penitente: el mío y el de mi hijo.

RAMBERTO (¡Oh, qué idea!) ¡Dádmelos y vete!...

SCHOTI Pero...

RAMBERTO Ni una palabra. Vete he dicho. ¡Obedece! ¡pronto!

ESCENA X

Dichos y FABIO.

FABIO Id y guardad los caballos. (Ramberto coge los hábitos de Schoti y entreabre la puerta de la derecha y los introduce dentro.)

RAMBERTO ¡Aprisa! ¡poneos esos hábitos!

FABIO Descansaré un rato en la posada. (Va a entrar y ve a Ramberto.) ¿Aquí todavía vos?

RAMBERTO Pues ya lo veis, aquí.

FABIO ¿Solo?

RAMBERTO Solo. Mi ahijado se ha convencido, y ya renunció a sus pretensiones.

FABIO Hizo bien.

RAMBERTO Perfectamente.

FABIO Mañana mi hermana será ya la mujer de Orsini.

RAMBERTO (Como dirigiéndose a la puerta donde están Elena y Julio.) Ya lo oís, mañana Elena será la mujer de Orsini.

FABIO ¿Con quién habláis?

RAMBERTO Ah, sí; con dos religiosos que han venido a visitar a la mujer de Schoti; la pobre está en cama enferma. Se disponían a partir para el convento, pues es ya tarde y va a cerrar la noche.

CONDE ¿Por qué no salen, pues?

RAMBERTO Tal vez vuestra presencia, el temor de molestaros sin duda les detiene.

CONDE ¡Oh, de ningún modo! Decidles que les

saludaremos gustosísimos. (Ha obscurecido. Ramberto se dirige a la derecha y dice.)

AMBERTO Salid, salid, hermanos, ya es tarde, no causaréis la menor molestia al señor conde, al contrario. (Aparecen Elena y Julio con el hábito, y vanse por el foro. Los condes de Camporeale se descubren respetuosamente y saludan con una inclinación de cabeza.) Valor. (Bajo a Elena. Alto.) Yo os acompañaré, a fin de que nada os suceda por el camino.

ABIO No estará de más encarguéis a vuestro amigo que aparezca por aquí lo menos posible.

AMBERTO Descuidad. (Y con vuestros caballos para ganar tiempo.) (Vanse.)

ESCENA XI

El CONDE y FABIO.

ABIO He notado algo extraño en estos religiosos. ¿No observasteis la precipitación con que pasaron ante nosotros, sin devolvernos casi el saludo?

CONDE ¿Por qué, si viste en ellos algo sospechoso, no les levantaste sus capuchas para verles el rostro?

ABIO No sé, es un vago presentimiento, y confieso que debí hacer lo que habéis indicado. La noche se nos viene encima y bueno será proseguir nuestro camino hacia la quinta de los Orsini.

ESCENA XII

Dichos y la CONDESA, a la que siguen algunos CRIADOS con teas encendidas.

CONDE ¿Vos aquí, esposa mía? ¿Qué significa eso?

FABIO Hablad, ¿qué sucede, madre?

CONDESA Sí, hablaré; mis deberes de madre me lo exigen, antes de que penetre mi hija en casa de los Orsini.

CONDE ¿No podíais aguardar mi regreso a nuestro palacio de Albano?

CONDESA Habría sido ya tarde para evitar la desgracia.

CONDE Hablad, pues.

CONDESA Antes es preciso que me déis palabra de acceder a mi ruego. Renunciad a la boda de nuestra hija con los Orsini.

CONDE No está en mi mano. Di mi palabra.

CONDESA Retiradla.

CONDE ¿Estáis en vuestro juicio, señora?

CONDESA Ved que se trata de la vida de nuestra hija, a la cual un padre no puede sacrificar.

CONDE El cariño maternal os está cegando y os ofusca.

CONDESA Oidme por última vez, conde; porque así convenía a vuestras ambiciones, desde su más tierna edad, me arrebataste mi hija a mi cariño de madre, la encerrasteis en el convento como educanda, con el propósito de que tomara el velo. Me la devolvéis luego, porque así a vuestros planes conviene, y tratáis de arrebatármela nuevamente contrariando su corazón y causando su eterna desdicha. Pues bien, sabedlo: soy yo, su madre, quien la defiende, y no lograréis vuestros egoístas propósitos. Me abrió su corazón y ella no puede amar al hombre que la destináis.

FABIO ¿Y es posible que vos, madre mía, hayáis podido prestar oídos a sus ridículas y vergonzosas aspiraciones?

CONDESA ¿Quién mejor que una madre podía acogerlas? Si no hubiera sido por mí, por su madre, tal vez a tales horas vuestra hija ya no existiría.

ONDE No hay una hija que se muera por obedecer a su padre.

ONDESA Oidme bien : yo lograré de ella que olvide el amor que en mal hora albergó su pecho, le obligaré a que renuncie a él, pero no la obliguéis a entregar su mano a un hombre a quien odia.

ONDE Basta, señora. Mañana mi hija será la esposa de Orsini.

ONDESA ¿Mañana habéis dicho? Por el cielo, Fabio, hijo mío, intercede tú también ; haz comprender a tu padre la iniquidad que trata de cometer.

ABIO Yo no puedo pedir a mi padre que falte a la palabra empeñada.

ONDESA ¡ Ah, crueles los dos ! Tenéis igualmente endurecido el corazón, cuando nada os dice el desconsuelo de una madre.

ONDE Ea, basta, insistís inútilmente. Cerró ya la noche ; regresemos a Albano y mañana hablaré a nuestra hija.

ONDESA Pues bien, sabedlo : ya no tenéis hija.

ONDE ¿Qué decís?

ONDESA Que inútilmente la llamaréis en vuestro palacio. Vuestra hija ha desaparecido de él, como se desaparece de una mansión de tortura.

ONDE ¡ Maldición !

ABIO ¡ Oh rabia !

ONDESA Veis ahora la desgracia que quería evitar. Si hubierais desistido de vuestro propósito renunciando a este enlace, yo la habría hallado, aún cuando me hubiese sido preciso arrancarla de las manos de su raptor. Pero inútilmente he suplicado invocando vuestro amor de padre : recoged, pues, ahora, el fruto de vuestra crueldad y vuestra tiranía.

ABIO Padre mío, no perdamos momento, corramos a arrebatársela de ese miserable que así nos llena de oprobio.

ONDE ¡ Yo os juro, señora !...

CONDESA ¿Qué? Hablad. ¿Qué podéis hacerme ya? Por vuestra culpa he perdido a mi hija, ¿qué me resta?

ESCENA XIII

Dichos y STEPHANO.

CONDESA ¡Stephano!

CONDE Habla, yo te lo mando.

STEPHANO En cumplimiento de las órdenes que me dió la señora condesa, debo deciros que vuestra hija se ha encaminado a la montaña.

FABIO En tal caso, debió pasar por este mismo sitio.

CONDESA (¡Dios mío, protégela!)

CONDE ¡Pronto, los caballos! (Vase Stephano y vuelve luego.)

FABIO No hay duda, padre mío, hemos sido burlados. ¡Eran ellos! ¡Sí!

CONDE ¿Quién?

FABIO Aquellos dos religiosos. Los infames han pasado ante nosotros.

STEPHANO Señor, los caballos no están, y fueron cortadas sus riendas.

CONDE ¡Ah, infames!

FABIO Julio Brachioforte, yo juro hallarte aunque te ocultes en el centro de la tierra. ¡Cara pagarás mi afrenta! ¡Seguidme! (A los demás.)

CONDE ¡Hijo mío, sin compasión mátales a los dos!

CONDESA ¡Oh, no! ¡por el cielo! Yo misma os la traeré, dejadme, dejadme. Revocad tan inhumana orden.

CONDE ¡Señora, os prohibo dar un paso! Soy vuestro dueño y señor. Aguardad aquí mi regreso. (La condesa cae de rodillas ante la imagen de la Virgen.)

ESCENA XIV

La CONDESA, luego JULIO y ELENA.

CONDESA ¡Dios mío! ¡Dios piadoso! ¿Por qué me hicisteis madre, si ni el derecho me concedes de salvar la vida a la que di el ser? Tú sola, Virgen mía, puedes protegerla. Sálvala; yo te lo ruego desde lo más hondo del corazón. *(Aparecen Julio y Elena.)*

JULIO Sosiégate. Vuelve en ti.

ELENA Me estremece esta sangre derramada. En qué fatal momento unimos nuestra suerte.

CONDESA ¡Ah, hija mía! *(Viéndola.)*

ELENA ¡Madre! *(Se abrazan.)*

CONDESA ¡Vive aún! ¡Gracias, Dios mío!

ELENA A él se lo debo, madre mía.

CONDESA El cielo os bendiga a vos que me la devolvéis. Pero huid, volverán, y si os hallan...

ELENA Oh, sí, huye, huye; nada debo temer ya, estoy con mi madre. *(Aparece el conde.)*

CONDE ¡Ah, miserable asesino, no escaparás a mi venganza!

JULIO ¡Oh, dejadme!

ELENA ¡Detente, vas a la muerte!

CONDE ¡Y si no vienes también!

ELENA ¡Sálvale, Dios mío! *(Aparece por la puerta secreta de la izquierda Montalto, coge a Julio por un brazo y se lo lleva, ante la estupefacción de las mujeres.)*

MONTALTO ¡Dios os ha oído! ¡Por aquí!

ELENA ¡Gracias, Virgen mía! ¡Se ha salvado!

CONDE ¡Oh rabia! ¡Señora! ¡gozaos en vuestra obra, ya no tenéis hijo!

CONDESA ¡Fabio!

CONDE ¡El hierro de un Brachioforte le asesinó!

ELENA ¡No, madre mía! ¡os lo juro, no fué él!

CONDE — Pero el miserable no escapará a mi venganza. ¡ Ay de él, juro que he de beber su sangre ! Seguidme. (Vase con sus criados.)

ELENA — ¡ Madre mía ! ¡ Madre mía !

CONDESA — ¡ Dios se apiade de nosotros ! (Quedan abrazadas.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

(Jardín del Convento del Ave-María. Verja al foro. A la derecha, entrada a una capilla, a la que se sube por unas gradas. Un banco a la derecha.)

ESCENA PRIMERA

ELENA, con hábito de colegiala, y la CONDESA.

ELENA — Ven, ven aquí madre mía, que podamos hablar solas. Dejad que bese vuestra mano.

CONDESA — Hija mía, no me entristezcas más con tu alegría. Si supieras cómo me llega al alma. Oyeme, pues de esta entrevista depende nuestro sosiego.

ELENA — Habla, madre mía.

CONDESA — Tu padre, que no enjugó aún sus lágrimas por la muerte de tu hermano, vendrá hoy mismo a verte. No alientes ilusorias esperanzas hacia el hombre que no puede ya regresar a Italia, si quiere conservar la vida. Ya ves, él mismo debe opinar también igual, cuando ni una sola carta ha llegado a tus manos.

ELENA — Es cierto, pero Julio no me ha olvidado, madre mía, no es posible.

CONDESA — Desdichada, si tu padre halla resistencia en obedecerle te obligará a pronunciar los votos de religiosa.

ELENA — ¿Religiosa yo?

CONDESA — ¡Tú no puedes imaginar lo que es la Aba-

día de Castro! La superiora de aquel convento es la abuela de los Orsini, es el alma, es el genio de aquella tenebrosa familia cuyos planes de ambición dirige desde su recóndito retiro. Es la mujer de voluntad de hierro que fulmina sentencias inapelables dentro su claustro, hasta la muerte si es preciso. Te haría a ti el objeto de su venganza por el ultraje inferido a los suyos. Oh, no, hija mía; tú no puedes imaginar quién es la superiora de la Abadía de Castro.

ELENA ¡Dios clemente! ¿Qué debo hacer?

CONDESA Aceptar lo que tu padre te ofrece si no quieres que nos separe para siempre más.

ELENA ¡No es posible, madre mía!

CONDESA ¡Tu padre! Silencio.

ESCENA II

Dichos y el CONDE DE CAMPOREALE.

ELENA (Arrodillándose a sus pies) ¡Oh, padre mío!

CONDE Comprendo la razón que así os hace prosternar a mi planta, vos la que me habéis llenado de lágrimas los ojos y de luto el corazón.

ELENA ¡Oh, perdón! ¡padre mío, perdón!

CONDE Antes del perdón debo saber si he de otorgártelo. Levantad.

ELENA ¿Qué puede hacer vuestra hija para cicatrizar las heridas abiertas? ¿cómo enjugar vuestras lágrimas?

CONDE ¿Mi hija habéis dicho?

ELENA ¿Acaso la olvidasteis?

CONDE Probaré si debo acordarme de ella, y puedo abrirle las puertas de mi casa ocupando en la misma el lugar que le corresponde al lado de su madre.

CONDESA Hija mía, tu padre no te rechaza. Te tiende su mano.

CONDE — Pero antes es preciso que me jures entregar tu mano de esposa a Octavio Orsini.

ELENA — Muerta llegaría antes al pie del altar.

CONDE — Muerta enlazaría yo tu fría mano con la suya.

ELENA — Está bien, padre mío; haced que preparen mi tumba. Yo no puedo ser de otro hombre, porque hace un año que no me pertenezco.

CONDE — ¿Qué has dicho?

ELENA — Que soy la esposa de Julio.

CONDE — ¡Maldición! ¿Del matador de tu hermano?

ELENA — ¡Oh, no fué él! ¡puedo jurarlo, padre mío!

CONDE — ¡Vas a morir por mi mano! (Desenvaina la espada.)

CONDESA — ¡Detente! No nos queda ya más que ella en el mundo. Vuestro odio es implacable. (Elena cae en brazos de su madre.)

CONDE — ¡Ira de Dios, y no he saciado con ella mi venganza! Dime, ¿cuándo se realizó este enlace?

ELENA — Aquella misma noche, padre.

CONDE — ¿La de la muerte de tu hermano? ¡Imposible! ¡mentís! ¿Qué sacerdote se hubiera atrevido?... ¡pronto! ¡di su nombre, su nombre!

ELENA — Se llamaba el Padre Ambrosio, del Convento de Monte-Cavi.

CONDE — Ay de ti si me engañas y es una fábula que acabas de inventar. El prior de Monte-Cavi vino para asistir a la profesión de una religiosa cuya ceremonia va a verificarse. ¡Stephano! (Llama y aparece Stephano.) Di al prior del convento de Monte-Cavi que deseo hablarle. (Vase Stephano.)

ELENA — Juro que he dicho la verdad, y que en aquella fatal noche, ante el altar, en la capilla expiatoria, el Padre Ambrosio me

unió a Julio Brachioforte en indisoluble lazo.

CONDESA ¡Desgraciada hija mía!

CONDE Desdichada de ti si con una falsedad salida de tus labios has tratado de alucinarme.

ESCENA III

Dichos y el PRIOR de Monte-Cavi.

PRIOR Señor conde, ¿sois vos quién desea verme?

CONDE Perdonad, Padre Prior si me tomé la libertad de molestaros. Pero es de tal interés para los míos lo que tengo que preguntaros, que no he dudado un momento en acudir a vos.

PRIOR Hablad, señor conde.

CONDE ¿Os es conocido el nombre de todos vuestros religiosos?

PRIOR En efecto.

CONDESA ¿Sabéis si se halla entre ellos el padre Ambrosio?

PRIOR Tengo el sentimiento de manifestaros que hace dos años Dios le llamó a sí.

CONDE ¡Ah!

CONDESA (¡Desgraciada!)

ELENA (¿Qué oigo? ¡Dios eterno!) ¡No es posible!

CONDE ¿Autorizáis con vuestra firma tal declaración?

PRIOR Cuando así os plazca.

ELENA ¡Madre de mi alma! ¿Cómo es posible que fuera víctima de tal engaño?

CONDE Está bien, decid de mi parte a la superiora que serán dos las novicias que van a tomar el velo.

PRIOR Cumpliré vuestro deseo. (Vase.)

CONDE (A la condesa.) Señora, ni una palabra más, disponed lo preciso para la ceremonia.

CONDESA ¿Cómo es posible que nuestra hija?...
CONDE Nuestra hija obedecerá. Id os he dicho. (Vase la condesa.)

ESCENA IV

ELENA y el CONDE.

CONDE Y ahora preciso es ya que lo sepas todo, pues yo no olvidé, como tú, la sangre derramada, y atento a mi venganza, hice seguir por doquier al causante de mi desdicha. Las cartas que el infame desde España, Nápoles y Venecia te dirigió durante este tiempo, por mí han sido interceptadas, y hoy, por fin, ha vuelto su planta a pisar los estados romanos, donde no evitará el cumplimiento de la sentencia que pesa sobre su frente.
ELENA ¿El aquí?
CONDE Sí, para caer en el lazo que he sabido tenderle. Tengo su vida en mis manos, mira. (Le enseña un pergamino.)
ELENA ¡Oh, perdón! ¡perdón por él!...
CONDE Dos medios tienes para ello. Elige uno de los dos, y por la sangre de mi hijo te juro que nada intentaré contra él. O ser la esposa de Orsini o el convento.
ELENA (Después de luchar.) ¡El convento, y ahora, padre mío!...
CONDE ¡Apartad!... Yo no tengo hija alguna.

ESCENA V

Dichos y la CONDESA.

CONDE Señora, vuestra hija ha elegido ya lo que debe ser de ella.
CONDESA Hablad...
CONDE ¡A Castro!... Tal es su voluntad.

CONDESA ¡ Desdichada hija mía !

ELENA Todo antes que serle perjura.

CONDE Vas a recibir el velo.

ELENA (Se abraza a la condesa) Madre mía, si hemos de separarnos otorgadme vos al menos vuestro perdón.

CONDESA Ven, hija mía, no será menos desgraciada tu madre que tú. (Penetran en la capilla. Oyese el tañido de las campanas, por la puerta de la verja penetran los parientes de Camporeale, y tras de ellos el pueblo: entran todos silenciosos a la capilla. Luego aparecen Ramberto y Julio que quedan en escena.)

ESCENA VI

JULIO y RAMBERTO.

JULIO Henos otra vez aquí, después de un año de contrariedades y luchas.

RAMBERTO Que algo te deterioraron, pero no importa, place a las mujeres vernos algún desperfecto, consecuencia de nuestra bravura.

JULIO La mano protectora a quien sin duda debo los beneficios con que la suerte me ha colmado durante mi destierro hízome saber en Venecia que mi esposa estaba recluída en el convento del Ave-María y aquí vengo decidido a llevármela sea como quiera. Gracias a la ceremonia que se está celebrando hallamos la puerta franca, y esto nos simplifica en alto grado el trabajo.

RAMBERTO Realmente es mejor entrar por la puerta que escalar las tapias.

JULIO Me devora la impaciencia.

RAMBERTO No es menos la mía, pero la prudencia aconseja a que aguardemos la noche. Olvidas la sentencia que pesa sobre ti.

JULIO Confío que mientras dure la enfermedad

del Papa Gregorio nada intentará, y si muriese, durante el interregno, nadie me molestaría tampoco.

AMBERTO No lo niego, ¿pero a qué exponernos? Prudencia.

JLIO ¿Y eres tú quien me hace tal recomendación, tú que jamás temiste los peligros?

AMBERTO No cara a cara, pero aquí los Orsini tienden su tenebroso poder.

JLIO Te obedeceré, pero cuando menos quiero verla y, si es posible, que sepa que llegué para salvarla.

AMBERTO Entra, pues, pero no olvides mis consejos.

ULIO Queda tranquilo. (Entra a la capilla.)

ESCENA VII

RAMBERTO y MONTALTO, por la derecha.

RAMBERTO Como experto soldado, me quedo para proteger la retaguardia.

MONTALTO (¡Camporeale aquí! No hay tiempo que perder.)

RAMBERTO ¡Calle! (Mirándole.) Sí, no me engaño. Pero que esté de Dios que he de dar siempre con ese matusalén. ¿Vos aquí?

MONTALTO ¿Y vos?

RAMBERTO Pues ya lo veis.

MONTALTO ¿Cómo entraste?

RAMBERTO Poco más o menos como los demás, como vos. Con motivo de la ceremonia de la profesión a nadie se impide hoy el paso.

MONTALTO ¿Profesión habéis dicho?

RAMBERTO Sí, de una novicia.

MONTALTO ¡Dios de piedad! ¿Será ella?

RAMBERTO ¿Quién?

MONTALTO ¡Elena!

RAMBERTO ¡Mil bombas! ¿Elena habéis dicho?

MONTALTO ¡No hay duda!

RAMBERTO ¡Y Julio va a presenciarlo!

MONTALTO ¿Dónde está?
RAMBERTO ¡En la capilla!
MONTALTO Entonces es segura su perdición.
RAMBERTO Eso lo veremos.
MONTALTO Los Camporeale han decidido que muera.
RAMBERTO Pues yo soy de parecer distinto y decidido que viva! (Entra en la capilla precipitadamente.)

ESCENA VIII

MONTALTO, y luego los demás personajes, conforme se indica.

MONTALTO Justo Dios, tú que lees en el fondo de mi corazón, protégelos. (Oyense voces.) ¡Qué sucede! (Asomándose a la capilla.) ¡Gran Dios! ¡Le arrancó el velo!... ¡perdido, perdido sin remedio! (Julio, llevando a Elena en brazos; tras ellos Ramberto, con la espada desnuda, deteniendo al conde y a los demás, que les persiguen junto con el prior.)
JULIO ¡Ven Elena, esposa mía!
ELENA ¡Huye, Julio!
CONDE ¡Infame! ¡Sacrílego!
PRIOR ¡Desgraciado, ha pronunciado sus votos!
JULIO ¡Antes juró ser mía ante Dios!
CONDE Apoderaos de ellos.
CONDESA ¡Hija mía!
RAMBERTO ¡Ay del que dé un paso! (Blandiendo la espada.)
JULIO ¡Elena, aparta la vista de tus opresores, de tus verdugos! Di, ¿me amas aún?
CONDE ¡Heridle, matadle!
ELENA Padre mío, juraste respetar su vida.
RAMBERTO Atreveos a dar un paso.
JULIO Di, Elena, contesta, ¿me amas aún?
ELENA Sí, pero huye, huye; ponte en salvo.
JULIO ¡Ahora sí, ya puedo alejarme!
CONDE ¡A él! (Se dispone a perseguirle; óyese un cañonazo. Montalto se interpone entre los personajes.)
MONTALTO ¡Deteneos! ¡Gregorio VIII ha muerto! ¡Empieza el interregno! (Se detienen.)

AMBERTO Tal vez no seréis desde hoy los más fuertes.

JLIO Elena, yo te arrancaré del claustro en que han pretendido sepultarte. (Vase con Ramberto. Elena cae en brazos de su madre. Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Un cuerpo de guardia de bravos contiguo a la Abadía de Castro, a la cual comunica con una puerta situada al foro, con ventanillo, cerrojo y barra de hierro. A la derecha, según término, otra puerta, que comunica con los demás cuerpos. En primer término derecha una ventana que da al campo. A la izquierda un tablado, encima del cual, adosado al muro, hay una percha que corre a lo largo, y en la cual estarán colgados las capas y mosquetes de los bravos.

ESCENA PRIMERA

BRAVO 1 y 2, junto con OTROS alrededor de una mesa, jugando a los dados. RAMBERTO, durmiendo en el tablado de la izquierda, embozado en la capa.

BRAVO 1 Ya estoy de los dados y el juego hasta la coronilla.

BRAVO 2 Si a lo menos no se nos hubiera acabado el vino.

BRAVO 1 No hay que pensar en ello hasta la noche. Avisadme si veis pasar a Schoti, el tabernero. ¡ Qué vida más sosa es la de la guardia de esta Abadía ! ¡ Eh, tú, Ramberto ! ¿ vas a estar echado todo el día?

RAMBERTO Dejadme en paz. Estoy malo, pobrecito de mí.

BRAVO 1 Eso será porque no te da el aire. Así también está tendido el pobre Griso, que parece que va a entregarla. (Oyese un redoble.) ¡ A formar ! (Todos forman en fila.)

ESCENA II

Dichos y un OFICIAL.

OFICIAL La orden del día. ¿Quién es este hombre aquí tendido? (Por Ramberto.)

RAMBERTO Malo, muy malo, pobrecito de mí.

OFICIAL De orden de la muy alta y poderosa señora abadesa, que se mantengan los mismos centinelas y se redoble la vigilancia. Hace saber a los bravos puestos a su servicio que ha descubierto un traidor entre los encargados de la defensa de esta santa casa.

TODOS ¡Un traidor!

OFICIAL El único hombre en el cual se tuvo absoluta confianza, el único que penetraba en el convento, y de cuya intervención se servían para relacionarse con el mundo. Pues bien, sorprendiósele protegiendo una secreta correspondencia entre una religiosa y Julio Brachioforte. El traidor sufrirá el castigo si puede escapar de la enfermedad que Dios le ha enviado. (Vase.)

ESCENA III

Dichos, menos OFICIAL.

BRAVO 1 Pues para ello no hay necesidad de que mejore. Lo mismo da morir de una cosa que de otra.

BRAVO 2 A esta abadesa, ni que fuera un general, del modo que da la orden del día.

BRAVO 1 Como que es mucho más temible para cuantos tiene a sus órdenes. Creedme que Griso hizo bien en caer enfermo.

BRAVO 2 Pero ¿y dónde se la ve a esta señora?

BRAVO 1 Eso no lo logra nadie.

BRAVO 2 Será fea. ¿Y qué edad debe tener?

BRAVO 1 Algunas primaveras contará cuando los ancianos del país ni siquiera recuerdan su elección. Todo aquí es extraordinario; esta noche misma, haciendo mi guardia, confieso que llegué a intranquilizarme. Toda ella estuve oyendo quejas y lamentos como si salieran de debajo tierra.

BRAVO 2 Sin duda una religiosa castigada.

BRAVO 1 Y lo más curioso es que nadie de la comunidad conoce tampoco a la abadesa.

BRAVO 2 ¿Cómo da sus órdenes?

BRAVO 1 La directora las lee diariamente. Oid la que les leyó un día de la semana pasada, según me refirieron: «Morirá dentro tres días toda religiosa que intentara romper su clausura.» Me parece que no puede ser más breve ni expresiva.

BRAVO 2 El mismo cardenal, según cuenta, está sujeto a su voluntad. Al pobre sólo se le concede permiso para pasear por el interior de la Abadía, y por eso viene algunas veces aquí para asomarse a esa ventana a respirar el aire del campo, con el pretexto de visitar a Griso. Al Matusalén ese, como le llama Ramberto.

RAMBERTO ¡Pobrecito Ramberto, está malo, muy malo.

BRAVO 1 Sí, ya sé, pero no hablaba de ti. Bueno, pues, parece que no le conviene el aire. Dícese que intentaba tomar parte en el cónclave, y como que tal cosa no les conviene a los Orsini, la abadesa, que pertenece a esta familia, para secundarles, le retiene en la abadía, librándole del aire, ¿habéis comprendido? (Oyese un redoble.)

BRAVO 2 Ea, vamos a la lista.

RAMBERTO Malo, muy malo...

BRAVO 2 Mañana con seguridad enterraremos a Griso y poco tardará éste en seguirle. (Vanse todos.)

ESCENA IV

'AMBERTO observa si todos se alejaron y levántase rápidamente. ıego aparece MONTALTO y la TORNERA con un manojo de llaves.

AMBERTO Ya me cuidaré yo de que así no suceda. Tienen el pellejo algo más duro los soldados de Don Juan de Austria. ¡La correspondencia de Elena y Julio descubierta! Es necesario redoblar mis esfuerzos y llegar hasta ella cuanto antes. Aprovechemos los instantes para hacer desaparecer las huellas de mi trabajo. (Arroja por la ventana la tierra contenida en un saco de piel.) Empecemos de nuevo. Si consigo remover esta piedra, con seguridad quedará hecho el boquete que me permita pasar por él al pasadizo, que, según informes, corre tras esta pared y que, siguiendo a lo largo, me conducirá hasta el sitio donde está Elena. ¿Pero cómo librarla luego? ¿Cómo hacerla salir de aquí? ¿Qué debe hacer Julio, y cómo se lo participo? Oigo pasos. Ocultemos el trabajo. (Cubre con una de las capas colgadas la pared y él vuelve a echarse, envolviéndose con la suya. Aparece la tornera y Montalto.)

IONTALTO Hermana tornera, voy a prestar los últimos auxilios al pobre Griso, que no tardará mucho en entregar su alma al Creador.

'ORNERA Señor cardenal, si antes de cumplir misión tan sagrada os compadecierais de este desgraciado enfermo que se niega en absoluto a tomar medicina alguna.

.AMBERTO (¿Medicinas de la abadesa? ¡Vade retro! Son las que ha tomado Griso y me parece que de poco le han servido.)

IONTALTO Os complaceré. Id, mientras tanto, a prevenir a Griso. (Vase la tornera. Montalto, cre-

yendo dormido a Ramberto, se dirige precipitadamente a la ventana.)

RAMBERTO (Calle, parece que el Matusalén ha sacudido algunos años de sus piernas.)

MONTALTO ¡Oh! ¡el aire perfumado del campo!... ¡Con qué delicia siento llenar con él mis pulmones! ¡Desde aquí diviso a Roma, las cúpulas del Vaticano! ¡Allí! ¡donde se deciden los destinos del mundo cristiano en tal momento!... ¡Y yo preso! ¡preso por los Orsini! ¡Quién tuviera alas!...

RAMBERTO (¡Qué estará mascullando! Pues no parece él mismo.)

MONTALTO Cada día, cada hora, es un inmenso peligro para Elena.

RAMBERTO (¡Elena dijo! Lo ohí bien.)

MONTALTO ¿Schoti habrá entregado mi carta a Julio? ¿Tal vez los obstáculos harán desistirle del proyecto? ¿Cómo saber, Dios mío, lo qué pasa por él?

RAMBERTO ¡Ejem! ¡Ejem! (Tosiendo.)

MONTALTO (¡Ah! ¡Aquí Ramberto! No hay duda, vendrá Julio.) (Volviendo a fingir.) ¿Sois vos? pues yo creía hallaros mucho peor.

RAMBERTO Y yo a vos no tan ligero a ratos.

MONTALTO Ignoraba vuestra estancia en este sitio.

RAMBERTO Lo cual significa que ya antes estabais vos.

MONTALTO Jemje... no siempre se sabe lo que se quiere.

RAMBERTO Pero se hace lo que se puede. (Si pudiera saber por él algo de Elena.) (Se dirige a la puerta.)

MONTALTO (Si pudiera enterarme de lo que pasa en el cónclave.) (Va a la ventana.)

RAMBERTO (¡Maldita puerta!) (En la puerta.)

MONTALTO (¡Está tan alta!) (Mirando por la ventana. Vuélvense los dos y se ve el uno junto a la ventana y el otro junto a la puerta, y quedan un rato mirándose.)

RAMBERTO ¿Deseáis salir?

MONTALTO ¿Y vos entrar?

RAMBERTO ¿El cónclave? ¿No es cierto?

MONTALTO Y vos Elena, ¿verdad?
RAMBERTO ¿La visteis?
MONTALTO ¿Sabéis si está reunido?
RAMBERTO Si nos contestamos con preguntas no vamos a entendernos.
MONTALTO Como que sólo podemos contestarnos preguntando.
RAMBERTO Tal vez. Decid vos una palabra y puede que yo os conteste dos. ¿La hablasteis?
MONTALTO Hace tres días. ¿Estuviste en Roma?
RAMBERTO Hace tres días. ¿Qué hacía?
MONTALTO Me dijo confío en vos. ¿Quién lleva la voz?
RAMBERTO Orsini y Colone. ¿Corre peligro Elena?
MONTALTO No pude llegar hasta ella. Decidme: ¿se hablaba de un tercero en discordia?
RAMBERTO No tengo entrada en el cónclave. ¿Pero Elena está libre aún?
MONTALTO Puede no estarlo mañana. ¿Y la elección?
RAMBERTO Mañana.
MONTALTO Esta noche he de salir.
RAMBERTO Debo entrar esta noche. (Echase de nuevo.)

ESCENA V

Dichos BRAVOS 1 y 2 y los demás, los cuales forman y se descubren para dejar paso a Montalto que se dirige a la puerta de la derecha.

BRAVO 1 Monseñor, no nos olvidéis en vuestras oraciones.
MONTALTO Ni en las vuestras a este anciano con un pie ya en el sepulcro. Tomad. (Les da una bolsa y desaparece.)
BRAVO 1 Oh, tú, santo de mi devoción que me mandas dinero, dame a la vez medios para emplearlo.
BRAVO 2 Poco tardará Schoti en pasar por debajo de la ventana.
JULIO ¡Agua! ¿Quién quiere agua? (Dentro.)
BRAVO 1 ¡Pues no está el maldito pregonando agua! Decidle que aguarde un poco. No

fuera que el cardenal al volver le hallara.

BRAVO 2 (Asomándose.) ¡ Pronto, no te impacientes ! Arreglaremos las redes para pescarlo. (Ata una cuerda a un reforzado cesto.) Ea, ya está.

BRAVO 1 ¡ Chist ! El cardenal.

ESCENA VI

Dichos. Reaparece el CARDENAL MONTALTO, junto con la TORNERA. Todos forman.

MONTALTO Buenas noticias, hijos míos, Griso está mejor.

RAMBERTO No sé si es buena o mala para él. (Oyese un fúnebre toque de campana.) ¿Qué significa este toque?

TORNERA Que una hermana acaba de entregar su alma de Dios.

MONTALTO ¡ Vamos, vamos ! (He de ver a Elena aunque tuviera que penetrar hasta esta invisible abadesa.)

ESCENA VII

Dichos, menos MONTALTO y TORNERA.

BRAVO 1 Ea, ya no hay moscardones, y es nuestra toda la noche. Pesquemos a nuestro proveedor nocturno. (Bravo 2 y otros dos echan el cesto y figuran bajarlo por medio de una cuerda. Al poco rato figuran subirlo y aparece Julio disfrazado de tabernero. Todos quedan extrañados al verle.) Tenemos dinero y ahora sube vino y licores. ¡ Buena noche se presenta !

BRAVO 2 ¡ Calle !

BRAVO 1 ¡ No es Schoti !

JULIO No, pero lo mismo da. Schoti casa hoy una hija y no ha querido que por su culpa murieseis de sed esta noche, y yo le reemplazo. (Se acerca a Ramberto.) (¡ Ah, está aquí !)

RAMBERTO (¡ Ojo !)

BRAVO 1 ¿Con que el viejo Schoti tiene una hija? Muy mal hecho en no habérnosla presentado.

JULIO Al contrario; creo que hizo con ello muy cuerdamente.

BRAVO 2 Beberemos a la salud de los novios. Veréis qué pronto daremos cuenta del tonel.

JULIO Lo creo.

BRAVO 1 ¿No invitamos a Ramberto?

BRAVO 2 Es verdad. Oye, Ramberto, levántate, alma de cántaro.

RAMBERTO Pobrecito de mí, si estoy malo.

BRAVO 1 Preparemos los vasos y la mesa. (Mientras lo hacen Julio se acerca a Ramberto y hablan en voz baja.)

RAMBERTO ¿Y Elena?

JULIO Por ella vengo. Me aguarda.

RAMBERTO ¿En la capilla?

JULIO Toma. Lee. (Le da una carta.)

RAMBERTO «Cavando algunos días en dirección a la capilla por la antigua vía romana podréis penetrar en la Abadía. Constancia. El Padre Ambrosio.» ¿No dijeron que murió?

JULIO Yo creo que vive.

RAMBERTO Tengo otro medio. Si pudiéramos librarnos de la vigilancia de éstos.

JULIO Cuenta con ello. El vino está preparado.

BRAVO 1 Ea, ya todo está a punto. ¿Nos acompañas o no?

RAMBERTO Sí, por lo que me resta de vida... a ver si reviento de una vez.

BRAVO 1 Si es tu gusto no vamos a impedírtelo.

RAMBERTO Voy a serviros yo mismo y a pronunciar el primer brindis. (Pone vino. Todos beben y él lo tira disimuladamente.) ¡ A vuestra salud !

TODOS ¡ Bravo !

RAMBERTO Segundo brindis. (Vuelven a beber.)

TODOS A ver, a ver...

RAMBERTO Pues por vosotros.

BRAVO 1 Pero, hombre, el primero y segundo son lo mismo.

RAMBERTO Sí, el brindis es el mismo, pero el vino es distinto. Tercer brindis.

BRAVO 2 Veremos el tercero si varía algo.

RAMBERTO ¡Pues a la salud... a la salud... a la mía!

BRAVO 1 Tiene razón.

TODOS Sí... sí...

BRAVO 2 ¡A la tuya!... (Todos beben menos él, que tira el vino.)

RAMBERTO Como decíais a Julio... Oidme, no hace mucho me pareció que alguien decía que jamás nadie penetró en la Abadía. Pues os engañáis. Yo sé de un galán que entró en ella hace ya algunos años.

BRAVO 1 Imposible.

RAMBERTO ¿Cómo que imposible? Fué mi padre.

TODOS ¿Tu padre?

RAMBERTO Y voy a contaros cómo fué.

TODOS Cuenta, cuenta.

RAMBERTO Pero remojemos de nuevo la garganta. (Todos beben.) El caso fué que un padre cruel, como lo son muchos, quiso que su hija profesara, y a este fin hízola ingresar en el convento, sin que la doncella sintiera vocación alguna. Su novio avínose con el autor de mis días, que era gran amigo suyo, y cierta noche los dos lograron penetrar en una habitación muy parecida a esta. (Hace seña a Julio, el cual indica que comprende su intención.) Fijad todos vuestra atención.

BRAVO 1 Fijémosla y bebamos otra vez. (Beben.)

RAMBERTO Aquel departamento se comunicaba con la Abadía por medio de una puerta. (Julio va a ella.) Pero por allí era inútil. Sus cerraduras eran reforzadas. Además, habría sido preciso atravesar una galería, luego otra, luego otra... había, pues, que desechar aquel medio. Otra puerta había a la derecha, (Julio va a ella.) pero comunicaba con otros cuerpos de guardia. Sólo

queda la pared exterior de los jardines, sin puerta ni ventana. Por ahí debemos entrar, dicen que le dijo mi padre. (Julio sube al tablado. Todos van aletargándose.)

BRAVO 1 ¿Por la pared?

RAMBERTO Por la pared precisamente. Por las noches, valiéndose de una daga, empezó a abrir un boquete, y de día lo tapaba con su capa. (Julio lo descubre.)

JULIO (¡Ah! ¡Aquí es!)

RAMBERTO Quince días de trabajos le costó. Hasta que por fin una noche, sólo le faltaba una piedra. (Julio se pone a trabajar.) Empujó con toda su fuerza. Apoyó con rabia el hombro y la piedra cayó con estrépito. (Cae la piedra, y a su ruido se incorporan algunos.)

BRAVO 1 ¿Qué? ¿Qué es esto?

JULIO (Disimulando.) Nada, el tonel que me ha resbalado.

RAMBERTO ¿Pero no bebéis?... (Llena los vasos, pero casi todos están dormidos.) Entonces valiéndose de unas cuerdas.

BRAVO 1 Unas cuerdas... (Durmiéndose.)

RAMBERTO Sí, que le deparó la casualidad. (Julio toma las que sirvieron para subirle.) Unas veinte varas aproximadamente. La sujetaron con un nudo corredizo.

BRAVO 1 ¿Dónde?

RAMBERTO Eso es lo que no sé. (Julio pasa un mosquete por el nudo del extremo de la cuerda y desaparece por el boquete abierto, echando fuera la cuerda.)

BRAVO 1 ¿Y luego qué?

RAMBERTO Pues que al llegar al extremo de la cuerda saltó a tierra.

BRAVO 1 ¿Y la cuerda tenía veinte varas?...

RAMBERTO Sí.

BRAVO 1 Pues tu padre... es un embus... tero, pues eso tie... ne ciento... veinte pies de altura. (Queda dormido.)

RAMBERTO ¡Gran Dios! (Cae a la abertura.) ¡No sueltes la cuerda o vas a morir! ¡Aguarda!... ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡qué idea! (Toma las

fajas de los bravos y las anuda.) ¡ Valor, Julio ! (Desliza las fajas por la abertura.) ¿ Has cogido la punta de las fajas que te deslizo ? Pues bien. Pasa el nudo corredizo de la primera por la grapa de hierro del extremo de la cuerda, sosteniéndote con una mano. ¡ Ah ! ¡ sí, se ha salvado, gracias, Dios mío ! Ahora yo debo seguirle. Muerto o vivo a su lado me hallarán. Brachioforte, habré cumplido mi palabra. (Desaparece.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Interior de la capilla de la Abadía. Puerta grande al foro derecha. Otra al centro con unas cortinas de terciopelo negro, tras de las cuales hay una capilla ardiente con el cuerpo inanimado de Elena. En primer término derecha una hornacina y dentro de ella un santo. A la izquierda, primer término, otra puerta. Ventanales a ambos lados con vidrios de colores.

ESCENA PRIMERA

MONTALTO y HERMANA TORNERA.

TORNERA ¿Qué deseáis, monseñor?

MONTALTO Hablar a la abadesa.

TORNERA No es posible, todo lo más puedo comunicar vuestros deseos a la hermana directora.

MONTALTO A la abadesa dije. Hace ocho años que yo, príncipe de la Iglesia, estoy sufriendo su dominio, y un mes entero que soy su prisionero de guerra en esta Abadía, y tales quejas son las que por mí mismo quería exponerle.

TORNERA Ya sabéis que nadie logra jamás hablar con ella. Llegaos hasta la directora, que hace sus veces.

MONTALTO ¡Dije a la abadesa! porque la directora es la causante de mis quejas. Ella es quien, valiéndose de mil pretextos, hace ocho días que me tiene alejado de Elena de Camporeale, por quien soporto mi

cautiverio en esta casa. Elena no tiene otro apoyo que el mío ; ni a su madre le permite la estrechez de la orden llegar hasta ella. Quiero, pues, verla, que se me conduzca hasta donde está.

TORNERA Monseñor, es tarde.

MONTALTO ¿Qué significan vuestras palabras?

TORNERA ¿No oisteis doblar las campanas hace poco?

MONTALTO ¿Qué? ¿Por ella? ¡ Muerta ! ¡ muerta Elena ! ¡ Oh, imposible, me engañáis !

TORNERA ¡ Monseñor !...

MONTALTO Repito que no es cierto. Pronto, pronto, que yo la vea. No me obliguéis a levantar la voz, no me pongáis en el trance de desgarrar el tenebroso velo que envuelve a cuanto se refiere a esta Abadía. Pido a Elena de Camporeale, y viva o muerta he de verla.

TORNERA Vedla, pues. (Descorre las cortinas negras y aparece la capilla ardiente con el cuerpo de Elena rodeado de religiosas rezando. Arden tres cirios a cada lado. La tornera se arrodilla orando.)

MONTALTO ¡ Ah, Elena ! ¡ Desventurada flor que las tempestades del mundo troncharon !... Esta es tu obra, la venganza implacable de los tuyos, sombra fatídica envuelta en el manto del fanatismo... ¡ Y su madre ! ¡ su pobre madre !... y Julio que, siguiendo mis consejos mañana, tal vez hoy, llegará hasta aquí. Debo prevenirle, ¿pero cómo? ¡ Ah ! Quizá el hombre aquel con el cual hablé hace poco en el cuerpo de guardia tendrá medio de comunicarse con él. Sí, no quiero que por mí perezca, y sería caminar a una muerte segura. ¡ Que se salve ! que se salve y renunciaré si es preciso a todos mis proyectos. (Vase precipitadamente por la izquierda primer término.)

ESCENA II

IO y TORNERA, rezando junto al túmulo. El primero aparece por el foro y con las ropas en desorden.

IO ¡Al fin!... este debe ser el sitio. Creí no llegar... brota sangre de mis manos. Pero qué importa si va con ello mi vida, mi Elena. ¡Una capilla ardiente!... Hay en ella una religiosa... ¿si será la causa de que no pueda llegar Elena hasta aquí? (Se retiran las religiosas: la tornera, con su apagador, apaga los cirios y queda solo alumbrado por una lámpara. Se arrodilla nuevamente y se retira. Julio se oculta de su vista, observándolo todo atentamente.) Ya se fué. ¡Héme solo con la muerte! No sé qué funesto presagio de mí se va apoderando. Diría que siento miedo. Dió la hora y Elena no viene. ¿Qué nueva contrariedad, Dios mío, qué nuevo obstáculo se habrá presentado tal vez para inutilizar nuestros afanes? No sé por qué me hiela la sangre la presencia de este cadáver. (Se acerca a él.) Será joven como mi Elena. (La mira y queda aterrorizado.) ¡Ah, justo Dios!... ¡ese rostro!... ¡es posible!... ¡una visión tal vez! ¡no, no! ¡son sus facciones! ¡Elena! ¡Elena!... Muerta... ¡Muerta momentos antes de que pudiera arrancarte de las manos de tus verdugos!... ¡Qué me importa ahora a mí la vida!

ESCENA III

ıos y RAMBERTO, por el foro, cerrando la puerta con precaución.

MBERTO Aquí debe aguardar... ¡Julio! ¡Ah, sí, ya le veo! ¡Julio!

IO ¿Quién pronuncia mi nombre?

RAMBERTO Quién ha de ser, yo. Dentro algunos m nutos nuestra gente habrá penetrado ha ta aquí. ¿Oyes? (Escuchando.) Son ello ¿callas? ¿no me escuchas? Habla, pro to, ¿y Elena?

JULIO ¡Elena!...

RAMBERTO Sí, ¿dónde está?

JULIO ¡Mírala! (Enseñándole el túmulo.)

RAMBERTO ¡Muerta!

JULIO Muerta, sí, ya no queda esperanza algun

RAMBERTO Ya nada tienes aquí que hacer. Dejem este sitio.

JULIO Vete, no te detengo, pero yo no me sepa de mi Elena.

RAMBERTO ¿Qué intentas? ¿Quieres acaso tu mue te?

JULIO Tú lo has dicho; la muerte a su lado. (E trecha la mano de Elena.) Que nos halle a unidos. (De repente.) ¡Ramberto! ¡O Ramberto!

RAMBERTO ¿Qué sucede?

JULIO ¡Su mano estrechó la mía, me retuv

RAMBERTO (Con supersticioso temor.) ¡Es la mano de u muerta!...

JULIO Es que me llama a su mansión, o Dios apiada de mi dolor permitiendo un mil gro.

RAMBERTO (Arrodillándose.) Señor, ya ves, jamás bro de mis labios para ti una oración, pe devuelve la vida a esa desventurada j ven y seré desde hoy tu más fervoroso cr yente.

JULIO (Pone la mano en el corazón de Elena.) ¡Oh, vive ¡sí, Ramberto, vive!

RAMBERTO ¡Gracias, Dios mío! este pobre soldad se prosterna ante ti. (Corre a Elena.) S vive, su corazón late.

JULIO ¡Abre los ojos!... ¡Elena... Elena mía Que sea para mí tu primera mirada.

ELENA ¡Qué sueño de piedra! (Se incorpora.)

JULIO ¡Elena!

ELENA ¡Ah, tú! ¡tú, Julio!

O Sí, yo, que penetré hasta tu lecho de muerte.

NA Es verdad... ¡ qué horror, Dios mío !... ¡ Una sepultura !

IO Baja la voz. Nada temas que no conseguirán arrancarte de mis brazos...

NA En mi confusa memoria se van presentando los recuerdos de lo sucedido. Me sorprendieron un papel en el que prevenías la hora... luego me encerraron... lloré mucho al considerar que tú vendrías por mí sin que me fuera posible acudir... luego un frío glacial corrió por mis venas ; se me oprimía el corazón como si una mano de hierro me lo sujetara, luego mi frente ardía ; aquella estancia me pareció la de la muerte... luego un letargo y ya no recuerdo más.

IO ¡ Malvados ! Bien has dicho, aquella estancia era la de la muerte.

MBERTO No perdamos ni un minuto más. Huyamos. (Va al foro.) ¡ Esta puerta se ha cerrado ! ¡ Yo entré por ella !... ¡ estaba abierta ha poco. ¡ Maldición ! ¿ Oid ? ¿ veis el resplandor de unas luces ?

ENA ¡ Dios de bondad !

LIO ¡ Hemos sido descubiertos ! ¡ Esta puerta ! (A la derecha.) ¡ Cerrada también !

ENA Nuestra perdición es segura.

MBERTO (Aplica el oído a la izquierda.) No, nos hemos salvado. ¿ Oís a nuestros amigos ? ¡ Son ellos !

LIO Sí, percibo perfectamente el golpear de sus picos. Alienta, Elena, pronto seremos libres.

MBERTO (Con la boca en la pared.) ¡ Amigos míos ! ¡ pronto ! ¡ no desmayéis ! ¡ A prisa !... ¡ Dentro algunos instantes no habrá salvación para nosotros !

Z ¡ Apartad ! (Dentro.)

MBERTO Venid, va a caer un trozo de pared.

LIO ¡ Por fin, Dios mío !

ELENA ¡ Quiera El apiadarse de nosotros ! (Ca un trozo de pared y penetran unos aldeanos.)

RAMBERTO ¡ Huyamos ! (En el preciso momento aparecen lo bravos con el oficial y la tornera, seguidos de religiosa penetran por la puerta principal, haciéndose dueños de boquete abierto en la pared.)

OFICIAL ¡ Atrás ! ¡ Rendid vuestras armas y deja a esta mujer !

JULIO ¡ Dejarla ! ¿ Quién será capaz de arrancar la de mis brazos ? (En este instante, sin que nadie se aperciba, aparece del fondo una religiosa de imponente figura cubierta con un velo.)

ABADESA ¡ Impío !

TODOS ¡ La abadesa ! (Caen de rodillas.)

ABADESA (Apoderándose de Elena dice a Julio.) ¡ Insensato ven tú a arrancársela a la Abadesa de Castro !

JULIO ¡ Vais a verlo ! (Al querer precipitarse, un disparo del oficial le hiere en un brazo. Julio da un grito y cae en brazos de Ramberto.)

JULIO ¡ Canallas ! ¡ Traidor !

MONTALTO (Por el foro.) Yo he de salvarles. ¡ En el cónclave ! ¡ A Roma ! ¡ A Roma !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SÉPTIMO

joso salón contiguo al Vaticano, puerta al foro y laterales. Ventana o balcón a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ONTALTO, luego JULIO, embozado y con sombrero de anchas alas, que cubre su rostro.

ONTALTO ¡Qué terrible ansiedad la mía!... ¡El corazón me salta!... ¿Por qué mi amigo y aliado el Abad Montalbi no me manda noticia alguna? A la condesa debo que hayan los Orsini perdido la mayoría. Me devora la impaciencia. ¡Dios mío, no me abandones! Haz que pueda salvar a Elena. (Viendo a Julio que aparece.) ¿Expiarán mis acciones? ¿Quién será este hombre?

JLIO (Acercándose a Montalto.) Dios y constancia.

ONTALTO ¡Ah, la contraseña del Abad! ¿Qué me traéis?

JLIO Leed. (Le da un billete.)

ONTALTO (Lee.) «Nada puedo aún deciros, dos votos tienen indecisa la votación; se han declarado por los Orsini.» ¡Oh, triunfan! «Un cañonazo desde el castillo de Santo Angelo os anunciará en caso desgraciado su triunfo. Si oyerais dos es que hemos triunfado nosotros.» ¡No nos abandones, justo Dios! (Oyense rumores a la izquierda.) ¡La voz de la condesa! (A Julio.) Retiraos. (Julio queda al foro.)

ESCENA II

Dichos y la CONDESA.

Condesa ¡Ah, monseñor! ¡Hablad, salvad a mi hija!

Montalto De eso trato.

Condesa ¡Vos que la habéis entregado al tribunal del Santo Oficio!

Montalto Para librarla de las garras de la Abadesa de Castro.

Condesa ¿Acaso son menos implacables los jueces del Santo Tribunal?

Montalto Cuando menos nos dan una tregua de tres días, que podemos aprovechar. La decisión del cónclave puede salvarla.

Condesa ¿Y qué me importa el cónclave ni cuanto de él pueda venir, si lo que os reclamo es mi hija?

Montalto Señora, calmaos; no os entreguéis a la desesperación. Oidme: si contara con vuestro decidido apoyo.

Condesa ¿Y lo dudáis?

Montalto Sólo la elección del santo Padre puede salvar a vuestra hija. ¡Ay de ella! ¡Ay de nosotros si triunfan los Orsini! Dos votos pueden decidir nuestra suerte y la suya.

Condesa ¿Qué debo hacer para impedirlo? Hablad.

Montalto Se necesita oro, ¡mucho oro!

Condesa Disponed de mi fortuna entera.

Montalto No basta; es indispensable la cooperación de un hombre audaz y resuelto que agite al pueblo, cansado de la larga duración del interregno pontificio. Es preciso que con su actitud decida a los cardenales para terminar la elección.

Condesa ¿Dónde hallar a este hombre?

Julio Aquí, señora.

Montalto ¡Ah! ¿tú? (Reconociéndole.)

NDESA ¿Le conocéis?

ONTALTO Puedo aseguraros que arriesga en la partida tanto como nosotros cuando menos.

LIO Vos queréis salvar a vuestra hija, yo a mi esposa. (Se descubre.)

NDESA ¡Ah! ¡Julio!

LIO ¿Acaso creisteis que era para salvarme, mi desaparición del sitio de peligro? Si aproveché la generosidad de Ramberto fué para salvarles a los dos.

NDESA ¡El cielo os bendiga!

LIO Oidme: congregué a cuantos fueron amigos y protegidos por mi padre y esta noche penetrarán en Roma. Me son adictos y están bien armados, habiéndome jurado que salvarán a Elena y a Ramberto o dejarán todos de existir.

ONTALTO El cielo no nos abandona, señora. Ya lo habéis oído. Ve, Julio, ve a reunirte con ellos y que a voz en grito pidan la terminación del Cónclave. Señora, vos id entretanto a reuniros con el Abad Montalbi, podéis depositar en él vuestra confianza.

NDESA Iré.

ONTALTO Poned a su disposición vuestras joyas, vuestro dinero, todo cuanto sea preciso por si necesita de ello.

NDESA Nada temáis. La salvación de mi hija depende, como decís, del resultado del cónclave. Es preciso derrotar a los Orsini. El cielo os guarde; vos, Julio, recordad que en vuestras manos está la salvación de mi hija.

LIO Es mi esposa, señora condesa.

NDESA El cielo os guarde, monseñor.

ONTALTO El os guíe.

LIO Libertaré a Elena o dejaré de existir. (Vase.)

ESCENA III

MONTALTO, luego el OFICIAL.

MONTALTO Y si nuestros planes fracasaran este anciano hablará. Todo antes que perezca esta infortunada joven. Veamos antes de obtener el triunfo. Tiempo quedará para morir luego. (Al ver entrar al oficial vuelve a fingir el agotamiento de los años.)

OFICIAL Monseñor.

MONTALTO ¿Qué me queréis?

OFICIAL El reo Ramberto desea hablaros.

MONTALTO ¿A mí?

OFICIAL Tal es su deseo.

MONTALTO (¿Qué me querrá?) Le aguardo. Traedle. (El oficial desaparece y vuelve luego con Ramberto, que se apoya en dos esbirros, por efecto del tormento no puede sostenerse.)

ESCENA IV

Dichos y RAMBERTO.

MONTALTO (Al verle.) (¡Dios mío! ¡en qué estado le dejó el tormento!)

RAMBERTO Podéis dejarme, no creo que abriguéis el temor de que pueda burlar vuestra vigilancia, cuando ni siquiera puedo tenerme en pie.

MONTALTO Dejadle y retiraos, os respondo de él. (Los esbirros asientan y se marchan.)

RAMBERTO Ya volvemos a vernos, viejo Matusalén.

MONTALTO ¿Qué tenéis que decirme?

RAMBERTO Creo no ignoráis que he sido sentenciado a muerte. Aunque no es la que se me destina la que para mí deseaba, pero no nos detengamos en ello; es cuestión de forma. El caso que aquí me trae es para innovaros que acaba de ser descubierto

el nombre de un tercer comprometido en la causa.

IONTALTO Hablad.

AMBERTO De ello tiene la culpa una carta que yo imprudentemente no se me ocurrió destruir, y que se me ha hallado al registrarme; la tal carta viene firmada por el Padre Ambrosio.

IONTALTO ¿Quién le conoce?

AMBERTO Unicamente yo y alguna otra persona que no es extraña a la vuestra.

IONTALTO Acabad.

AMBERTO De eso trato. Ya comprenderéis que bien podría delatarle para salvar mi vida, con la que no siempre está uno reñido y que nada me sería tan fácil, estando cerca de él.

IONTALTO No comprendo.

AMBERTO Creo que hablo con suficiente claridad. Pero ya que no os basta, añado que el Padre Ambrosio sois vos.

IONTALTO Es una locura vuestra afirmación. ¿A quién se le ocurre?...

AMBERTO Al que como yo salva con ello su pellejo. Oidme y veréis si son acertadas mis deducciones. De vuestros labios oí por primera vez su nombre. El día que Julio y Elena se casaron, sólo vos sabíais el sitio en que se hallaban reunidos. Vos arrojasteis al tabernero Schoti la carta por la ventana del cuerpo de guardia de la Abadía, y para terminar, a vos encuentro siempre en las ocasiones que algo al Padre Ambrosio se refiere. Me contestaréis que aquel buen Padre es ágil y robusto y que vos, en cambio, estáis enclenque y enfermizo, no lo niego, pero misterio es este que se encargará de descifrar el Santo Tribunal. Acabemos de una vez y declaradme francamente si sois nuestro genio destructor o el ángel de nuestra salvación. Confieso que toda mi astucia

no alcanza para tanto, y que yo, aún cuando la cuchilla del verdugo estuviera suspendida sobre mi cabeza, no dudaría en afirmar que sois nuestro cómplice.

MONTALTO ¿Y si vuestra afirmación destruyese cuanto se intenta en favor de aquellas personas que queréis salvar?

RAMBERTO Callaría. Pero ante todo dadme las razones que a ello deben obligarme. ¿Qué interés es el vuestro en conservar el misterio que os rodea?

MONTALTO ¡Sacratísimo! Sólo os exijo que lo conservéis dos días, si queréis salvar a dos inocentes.

RAMBERTO ¿Dos inocentes?

MONTALTO ¡Elena y Julio!

RAMBERTO ¿Dos días? ¿y los salvaréis?

MONTALTO Tal es mi ofrecimiento. Oyeme. Alberto Brachioforte, tu compañero de armas, el padre de Julio, que fué vilmente asesinado por los Orsini era...

RAMBERTO Pronto, ¿quién era?

MONTALTO ¡Mi hermano!

RAMBERTO ¡Vuestro hermano! Ni una palabra más, perdonad mis dudas, os comprendo. ¡Poco me importa la muerte! (Llamando a los guardias.) ¡Eh! ¡llevadme, llevadme nuevamente!

MONTALTO ¿A dónde vais, desgraciado?

RAMBERTO Al tormento.

MONTALTO ¡Oh, no!...

RAMBERTO Dejadme, yo os juro que no me arrancarán una palabra.

MONTALTO ¡Y no puedo consentir tal crueldad!

RAMBERTO ¿Qué os importa si yo la sufro gustoso? (Oyense rumores.)

MONTALTO ¿Oís? El pueblo pide que cese el interregno. (Va a la ventana.) Julio va a su cabeza.

RAMBERTO ¡Ah, Julio! Nunca creí que nos abandonara.

ESCENA V

Dichos y la CONDESA.

CONDESA ¡Ah, monseñor! ¡se la llevan! ¡se la llevan! ¡Salvadla! ¡Mi hija, mi pobre hija, que va al suplicio! (Se arrodilla.)

MONTALTO ¡Alzad, señora!

ESCENA VI

Dichos, el OFICIAL, luego ELENA, con el sanbenito, sostenida por un religioso y rodeada de familiares.

MONTALTO ¿Cómo es posible tal abuso? ¿Quién dió la orden para que se anticipara la hora de la ejecución?

OFICIAL Monseñor, fué una medida previsora. El pueblo está amotinado... (Oyense rumores.) ¿Oís sus voces?...

MONTALTO (¡Ah! ¡yo fuí la causa!)

OFICIAL El Santo Tribunal, temiendo que intentaran arrebatarle el reo, decidió anticipar la hora. Antes es la salud del Estado.

ESCENA ULTIMA

Dichos y JULIO, al frente del pueblo.

JULIO ¡Mueran los Orsini!

PUEBLO ¡Mueran!

OFICIAL ¡Guardias! ¡cerradles el paso! (Los guardias apuntan al pueblo.)

MONTALTO ¡Deteneos! ¡En nombre del Dios que nos rige! ¡Deponed las armas! ¡os lo exijo! (Momento de silencio. Oyese un cañonazo.)

OFICIAL Ya está el Papa nombrado. (Ansiedad en todos.)

MONTALTO (¡El primer cañonazo! ¡No suena el se-

gundo, Dios eterno !) (Suena el segundo. Gran movimiento en todos.) ¡ Ah ! (¡ Gracias ! ¡ Gracias, Dios mío !)

OFICIAL ¿Qué significa el segundo cañonazo?

MONTALTO Que terminó el imperio de las sombras y de la tiranía. Que se acabaron los fingimientos. (Arroja el cayado en que se apoyaba recobrando toda su energía.) Que arrojo la máscara. Que en Roma empieza un nuevo reinado, en el que serán destruídas las infames guaridas y tenebrosos antros, ya se llamen palacios de los Orsini ya Abadía de Castro ! Significa, en fin, que a ti, Julio Brachioforte, puede abrirte los brazos el hermano de tu padre vilmente asesinado.

JULIO ¡ Ah, vos !

MONTALTO Sí, ven ; abrázame, hijo mío. Cumplí mi juramento.

RAMBERTO ¡ Ahora sí que creo en los milagros !

MONTALTO Vos, señora, prometí salvar a vuestra hija Elena, yo os la devuelvo a vuestros brazos.

CONDESA ¡ Hija mía !

ELENA ¡ Madre ! ¡ madre mía ! (Se abrazan.) Julio, he ahí también a tu esposa.

JULIO ¡ Elena !

MONTALTO Y tú, insigne soldado de Lepanto, ¿qué deseas?

RAMBERTO Poca cosa, monseñor, que me nombréis heredero de vuestro cayado, que me hace más falta a mí que a vos.

OFICIAL ¿Qué nombre tomará Su Santidad?

MONTALTO ¡ Sixto quinto !

RAMBERTO ¡ Viva Sixto quinto !

TODOS ¡ Viva !

MONTALTO ¡ Gracias, Dios mío, que me has permitido cumplir mi juramento !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

…ras que tiene existentes TEATRO POPULAR

LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
EL SOL DE LA HUMANIDAD. * — José Fola Igúrbide
ZAZÁ. * — C. Costa y J. M.ª Jordá.
MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
HAMLET. — Pompeyo Gener.
GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
EL REY. — Enrique Henríquez.
PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
3 DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
2. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
4. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
5. AURORA. — Joaquín Dicenta.
6. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
7 EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
8. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
9. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
0 LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
1. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
2 EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
3. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
4 AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.
5. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
6 LA POMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.

47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54 LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artís.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63 SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65 EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67 LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82 ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83 ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85 EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87 BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.

Las marcadas con * están agotadas.

TEATRO POPULAR

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. — BARCELONA.

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Ducange y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molina.
5. LA CARCAJADA. por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José Fola Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Gervais y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, por Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca.
12. MIGUEL STROGOFF, por Julio Verne.
13. EL ÚLTIMO CARTUCHO, por J. Molgosa Valls.
14. CATALINA HOWARD, por A. Dumas (padre).
15. EL LICENCIADO VIDRIERA, por Moreto y Cabaña.
16. LAS MÁSCARAS NEGRAS, por Augusto Fochs Arbós.
17. TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO, por Juan B. Enseñat.
18. LA HERMANA DEL CARRETERO, por J. Banchardy.
19. LA ABADÍA DE CASTRO, por E. Bouchardy.

SEMANA PRÓXIMA

LA HERENCIA DEL NIÑO DIOS